

Asesinos seriales

ETIOLOGÍA DE SUS CRÍMENES Y PERFILACIÓN

GRADO EN CRIMINOLOGÍA
FACULTAD DE DERECHO
CURSO 2015/2016

eman ta zabal zazu



Universidad
del País Vasco

Euskal Herriko
Unibertsitatea

Trabajo de fin de Grado
Realizado por Paula Salado San Pedro
Dirigido por José Martín Amenabar Beitia

No soy un demente, solo soy un excéntrico.

A veces ni yo mismo me comprendo.

Albert Fish

Resumen

El objetivo del presente trabajo es aproximarse a la realidad del fenómeno del asesinato serial desde las diferentes perspectivas, teorías y autores. Para ello, en un principio, se hace alusión a los debates existentes sobre la definición del mismo y las tipologías de asesinos seriales. Después de esto, se pretenden estudiar las controversias surgidas sobre la etiología de sus crímenes y los factores que afectan a la comisión de estos. Además, en base a la tipología de este tipo de asesinos expuesta por parte del FBI, se hará referencia a su psicopatología y a su perfil criminal.

Palabras clave: asesino serial, psicopatía, esquizofrenia, psicopatología forense y perfil criminal.

Laburpena

Lan honek hilketaren serialen gertakiaren errealitatera hurretzeari du helburu nagusia, ikuspuntu, hipotesi eta egile deberdinak kontutan hartuz. Horretarako, hasieran baten, honen definizioei buruz ematen diren eztabaidak ekingo dira; eta bestalde, baita ere seriean aritzen diren hiltzaileen tipologia desberdinak. Aztertu eta gero, erailketen etiologiari buruz agertutako eztabaida asko batzen dira, eta hauen betekizunerako eragiten duten faktoreak. Horrez gain, FBI-k ikusgai jarritako hiltzaile mota hauen tipologia oinarrituz, euren psikopatologia eta kriminal profila aipatuko dira.

Hitz giltzak: serial hiltzailea, psikopatia, esquizofrenia, auzitegiko psikopatologia eta profil kriminala.

Abstract

The main objective of this project is to approach reality regarding the phenomenon of serial murder through the different perspectives, theories and authors. Firstly, this requires to make allusion to the existing discussions of the definition and typologies of serial killers. To continue, it pretends to study the controversies that arose from the etiology of their crimes and the factors affecting their cause. Furthermore, and departing from the typology of these kind of murderers exposed by the FBI, the psychopathology and criminal profile are referenced.

Keywords: serial killer, psychopathy, schizophrenia, forensic psychopathology and criminal profile.

Índice

1. INTRODUCCIÓN	6
2. EL CONSTRUCTO DEL ASESINO SERIAL	11
2.1. Definiciones	12
2.2. Tipologías	14
3. FACTORES PREDISPONENTES DEL ASESINO SERIAL	21
3.1. Violencia parental	21
3.2. Aislamiento social	25
3.3. Influencia de los medios de comunicación	29
3.4. Variables psicológicas	31
3.5. Crueldad hacia los animales	32
4. TEORÍAS Y MODELOS PSICOLÓGICO-CRIMINOLÓGICOS	38
4.1. Teorías del conflicto social	38
4.2. Teorías de las influencias sociales	39
4.2.1. Modelo de motivaciones de Burgess, Hartman, Ressler, Douglas y McCormack	39
4.2.2. Modelo trauma-control de Hickey	40
4.3. Teorías de las predisposiciones agresivas	41
4.3.1. Tríada neuropsicológica de Pincus y Lewis	41
4.3.2. Los estudios de neuroimagen de Raine	42
4.4. Tríada de McDonald	43
4.5. Modelo de diátesis-estrés	43
4.6. Adicción a la violencia	45
5. PSICOPATOLOGÍA	48
5.1. Asesinos en serie psicópatas versus psicóticos	50
6. PERFIL CRIMINAL DE LOS ASESINOS EN SERIE	62
6.1. Métodos de perfilación	63
6.2. Elementos esenciales en el estudio del perfil criminal	67

6.2.1. Escena del crimen	68
6.2.2. Modus operandi	70
6.2.3. Firma	71
6.2.4. Estudio victimológico	72
6.2.5. Perfil geográfico	73
7. CONCLUSIONES	78
BIBLIOGRAFÍA	82

1. INTRODUCCIÓN

Tanto la criminalidad como los factores que causan esta han ido variando a lo largo de las distintas épocas. Para los romanos, por ejemplo, lo importante para comprender la criminalidad era fijarse en los factores culturales ajenos (como los de los esclavos o los pueblos bárbaros) que formaban a los soldados de sus ejércitos. Durante el Santo Oficio, sin embargo, se pensaba que el origen del mal tenía una explicación demoniaca, esto es, que durante esta época se opinaba que el origen del mal era el demonio (Macía, 2011). A esto último se le puede denominar -desde la historia- una *ordalía*¹.

En su obra *Los asesinos en serie*, Macía refiere que a partir del siglo XIX se difunden distintas teorías acerca de la criminalidad, siendo la más trascendental la Teoría de la Evolución de Charles Darwin. Esta teoría trajo consigo nuevos pensamientos, así como la relación entre el animal irracional y violento por naturaleza con los humanos. Esta idea trajo un problema a relucir: ¿qué límite existiría entre el homo sapiens (ser humano) y el gorila? Estas corrientes librepensadoras tiraron abajo las creencias mencionadas anteriormente, en las cuales el origen del mal se atribuía a la figura del demonio y, así, los criminólogos dieron paso a nuevos interrogatorios acerca del ser humano y de los motivos y sentimientos que podrían causar el actuar de manera inadecuada, o el delinquir propiamente.

Es importante mencionar a un autor que tuvo gran trascendencia en torno a teorías sobre la criminalidad, Cesare Lombroso (1835-1909). Él elaboró numerosos postulados acerca de la relación entre los rasgos antropológicos de las personas y la delincuencia. Es decir, que por aspectos fisiológicos de las personas se podía constatar cierta existencia o predisposición de violencia por parte de esos seres humanos. Se basaba en rasgos físicos como una mandíbula prominente o asimetrías craneales, o incluso la forma de las orejas. Hoy en día cabe mencionar que estas *teorías lombrossianas* no se mantienen, sino que han pasado a ser anecdóticas, aunque a veces gozan de cierto conocimiento -pero no en el ámbito jurídico como antes ocurría-. El derecho ya no está influido por estas teorías, sino que va mucho más allá.

¹ Una ordalía consiste en invocar o interpretar el juicio de la divinidad a través de mecanismos ritualizados y sensibles. Con esto se conseguía saber si el acusado de cierto crimen era culpable o inocente. Estas ordalías consisten

Esto va íntimamente relacionado con lo que en realidad nos importa, que es el término de “Serial Killer”, conocido universalmente desde la década de los 70 del siglo XX. Este término lo acuñó Robert Ressler², pero hay una gran divergencia sobre este término que más adelante expondré (Macía, 2011). Que este término haya sido acuñado pocos años atrás (en comparación con toda la historia vivida) no significa que no existiera anteriormente, ya que el serial killers o asesino en serie ha existido a lo largo de nuestra existencia, sólo que igual los delincuentes seriales no fueron detenidos o simplemente no se había estudiado ni investigado acerca de ellos.

Como sostienen muchos autores (Antuña & Rodríguez, 2007; López & Nuñez, 2008; Jiménez, 2014) tanto el problema de los asesinos en serie³ como el de la psicopatía es muy atrayente para la población general, pero también dificultoso para su estudio. Enfrentarse a este objeto de estudio tiene fuerte impacto para aquel que lo investiga; es un fenómeno que presenta recelo para ser tratado de forma seria en la sociedad. Esto ocurre, también en España, por dos motivos. El primero, porque no es tan frecuente este tipo de criminalidad como para requerir una investigación urgente o imperiosa. Un criminólogo o policía que ejerza en España puede estar toda una carrera profesional sin encontrarse con un caso de este tipo; en cambio, en EEUU se viene dando con más frecuencia que en España, y es donde más se ha estudiado este fenómeno (sobre todo por parte del FBI). La segunda razón es que la sociedad prefiere no pensar o no enfrentarse a la existencia de este tipo de individuos (Jiménez, 2014).

El fenómeno de los asesinos seriales ha sido estudiado desde diferentes disciplinas, ya sea la sociología, biología, antropología, psicología, criminología, o métodos policiales, entre otras. Aun así, cuando hablamos de los AS no solo hemos de hacer referencia a una disciplina concreta, sino que todas ellas aportan datos e investigaciones útiles acerca de estas personas y este tipo de delincuencia. Este fenómeno no puede abordarse únicamente desde la psicopatología que el asesino pueda

² Robert K. Ressler fue un criminólogo perfilador de asesinos en serie y escritor. Después de estar alistado durante 10 años en el ejército de EEUU trabajó durante 20 años en el FBI. Fue especialista en la identificación y captura de asesinos, para lo que se ayudaba de su habilidad para trazar perfiles psicológicos. Tuvo un destacado papel en el desarrollo de la Unidad de Ciencias de la Conducta del FBI; y en los años 70 fue el que acuñó el término de *Serial Killer*. Entrevistó a lo largo de los años a cientos de asesinos entre los que se encuentran los más famosos de la historia como Ted Bundy, Jeffrey Dahmer, John Wayne Gacy y Edmund Kemper, entre otros. Su labor ha sido un material fundamental en el desarrollo de mi trabajo.

³ AS de aquí en adelante.

tener, sino que hay muchos más factores que son esenciales y relevantes para estudiar la etiología delictiva de estas personas. Para empezar, ¿qué es un asesino en serie? El fenómeno de los AS comenzó a estudiarse en Estados Unidos debido a que el FBI contempló que había gran cantidad de crímenes sin resolver de características similares entre ellos. Hubo dos agentes que cobraron gran importancia: Howard Teten y Pat Mullany. Lo que más les interesó a estos dos agentes fue el estudio de la psicopatología y los pequeños detalles que permitieron unir crímenes cometidos en sitios distintos y contra víctimas que no tenían ningún tipo de relación entre ellas, que no parecían estar conectadas entre sí anteriormente (Cuquerella, 2004).

Aunque más adelante nos centraremos en su definición y tipología (y las controversias que existen al respecto), la definición más extendida -y aportada por el agente del FBI Robert Ressler- de AS se refiere a “todo aquel asesino que mata a tres o más víctimas, de forma sucesiva y con periodos de enfriamiento emocional intermuerte” (Alcaraz, 2014, p.55, citando a Ressler 1985). El periodo de enfriamiento consiste en un periodo de tiempo en el que el asesino cesa sus crímenes, aunque ello no impide que esté pensando o planificando otro. Después de cometer cada crimen el AS siente satisfecha su necesidad de matar y obtiene sentimientos gratificantes. Ahora bien, es verdad que a veces no sólo basta con este acto de matar, sino que también pueden verse en la necesidad de recrear su crimen o hazaña posteriormente, y para ello es por lo que se llevan un trofeo. Este trofeo puede ser cualquier objeto que le recuerde a la escena del crimen, pudiendo ser este cualquier pertenencia de la víctima, o cualquier objeto que se encuentre en el domicilio donde se ha perpetrado el crimen, etc., (Ressler & Shachtman, 2005). Aun así, estas recreaciones no impiden que el sujeto vuelva a tener en un futuro la necesidad de matar; por tanto, volverá a sentir la necesidad de matar de nuevo a otra persona.

Haciendo un inciso, y sin entrar en la tipología expuesta por el FBI, Tapias (2004) expone que a los asesinos seriales se les clasifica de distintas maneras según aspectos diferentes. Por ejemplo, según la movilidad que lleve a cabo el asesino para cometer sus crímenes podemos distinguir al sedentario o al itinerante. El primero de ellos se caracteriza por ser “geográficamente estable”, es decir, que los crímenes los comete en un mismo lugar, como puede ser su casa. El itinerante, en cambio, cambia de lugar de comisión de los crímenes, es decir, es “geográficamente transitorio”. Tal y

como apunta Tapias, a este último se le podría describir como un “delincuente que cambia de ciudad para evadir las investigaciones, puede (o no) usar distintas identidades y nunca permanecen en trabajos estables, ni conserva vínculos sociales ni familiares” (Tapias, 2004, p. 3). A los asesinos en serie se les puede clasificar también según las características de la propia personalidad en psicóticos o psicópatas (a los cuales haré referencia cuando hable de la psicopatología de los AS). Por ello, mencionar que los primeros padecen una enfermedad mental como es la esquizofrenia, que puede ir acompañada de delirios y paranoias; y los psicópatas, en cambio, se caracterizan por una personalidad antisocial y, aunque puedan parecer gente sociable, integrada y normal, tienen numerosas características no atribuibles a la población general tales como falta de empatía, continuo deseo de transgredir las normas sociales, conducta antisocial que suele remitirse desde la infancia, etc. Y, por otra parte, como ya he comentado, hay otra clase de tipologías expuestas por otros expertos y profesionales a las cuales se hará alusión más adelante.

Como apuntaba antes, la mera presencia de un trastorno psicológico no va a hacer de una persona un asesino en serie o un monstruo, sino que como refiere Hickey (1996), el cual dio lugar a un modelo de control-trauma mediante el estudio de asesinos seriales, hacen falta una serie de predisposiciones para convertirse en un AS, ya sean de tipo psicológico, social y/o biológico. Y, aun así, señala que esto sigue sin bastar en muchos casos. Hace referencia a una serie de acontecimientos traumáticos durante la época de desarrollo de la persona (infancia y adolescencia) para desencadenar una carrera homicida. Entre estos traumas podríamos encontrar la desestructuración familiar, el consumo de drogas o historial de consumo de drogas en la propia familia, abuso por parte de los progenitores, crueldad hacia los animales, etc. (Hickey, 1996; Borrás, 2002; Knight, 2006). Estos traumas producen en el sujeto numerosos sentimientos y, normalmente, le conducen a estas situaciones de frustración y de ansiedad, las cuales suelen provocar el aislamiento social de estos sujetos (Ressler, Burgess & Douglas, 1992; Ressler et al., 2005; Palermo, 2008). Para restablecer cierto equilibrio y la propia autoestima acuden al asesinato, lo que les motiva y les hace sentir poderosos, frente a las situaciones de debilidad y fragilidad que han vivido (Jiménez, 2014).

Todas estas predisposiciones mencionadas y acontecimientos traumáticos los desarrollaré a lo largo del trabajo, haciendo importante referencia también a la

psicopatía, al igual que a trastornos psicóticos como la esquizofrenia y a los distintos trastornos parafilicos⁴ -frente a las antes consideradas parafilias-. Aunque, como he dicho, la psicopatología no es el único elemento causante o detonante de los AS, no debemos olvidar que gran parte de este trabajo se basa en la psicopatología de la violencia y la delincuencia, centrándonos en este tipo de asesinos y, por tanto, hay que hacer especial mención a estos trastornos citados.

Para concluir y, centrándonos en la psicopatología, existe una amplia relación entre los *serial killers* y la psicopatía, siendo estos asesinos en muchos casos psicópatas pero no ocurriendo lo mismo al revés. Skrapec (2000) informa que los estudios sobre asesinos seriales apuntan a la psicopatía como la psicopatología observada con mayor frecuencia en sus historiales. Vicente Garrido (2003) hace un símil entre el asesino en serie y el camaleón, contemplando que ambos tienen características o actuaciones comunes, como camuflarse (el AS dentro de la sociedad) y la incapacidad de experimentar emociones humanas (falta de empatía), entre otras.

El concepto criminológico del psicópata habla de un individuo que sufre un trastorno de la personalidad asociado a un estilo de vida desviado (socialmente) y una tendencia a ignorar y transgredir las normas sociales para superar un déficit de estimulación. Se asocia al asesino en serie psicópata cuatro características: trastorno de personalidad (ellos son conscientes de sus actos y lo realizan libremente); estilo de vida socialmente desviado con actos impulsivos e irresponsables (no siendo necesariamente delictivos); caso omiso a las normas sociales aún conociéndolas; y por último, una finalidad como la de satisfacer su déficit de estimulación (Cleckley, 1988; Hare, 1970, 1991; Collazos, 2006).

⁴ En el DSM-5 se ha producido un cambio respecto al DSM-IV. En este caso, el trastorno parafilico es una parafilia que causa malestar o deterioro al individuo que la sufre, o que produce un daño personal o riesgo de daño para alguien ajeno. En cambio, la parafilia en sí misma no requiere ni justifica una intervención clínica.

2.- EL CONSTRUCTO DEL ASESINO SERIAL

Los asesinatos múltiples son indudablemente uno de los más terribles y fascinantes fenómenos de la criminalidad moderna. Frecuentemente no somos conscientes de lo vulnerables que somos o podemos ser cuando las personas deciden matarnos con sorprendente facilidad. Nadie se imaginaría, en la mayoría de los casos de asesinos en serie, que una persona así fuera a cometer atroces crímenes (Hikal, 2005).

Como sabemos, hay distintas clases de asesinos múltiples (en masa, seriales, frenéticos), pero nos centraremos en los asesinos en serie. Ahora, a través del libro de Robert K. Ressler y Tom Shachtman titulado *Asesinos en Serie*, se analizará la definición de estos y la tipología según el FBI u Oficina Federal de Investigación, la cual es la principal rama de investigación criminal del Departamento de Justicia de los Estados Unidos. Posteriormente, se añadirán los debates existentes o que han existido respecto a la definición del término y la tipología que el FBI sostuvo.

Según Robert Ressler y Shachtman (2005) la mayoría de las personas no estamos acostumbradas a ver asesinatos violentos en los que se cometen mutilaciones, descuartizamiento u otras atrocidades. Esto es por lo que este tipo de conducta criminal es enigmática para todos nosotros. También esta es la razón por la que en la mayoría de casos nos atrae e interesa este tipo de violencia, porque es poco común y no estamos acostumbrados a ella. Esto no pasa solo con la gente de a pie, sino que dentro de la propia policía tampoco se está acostumbrado a ver este tipo de crímenes. Esto no significa que no exista, sino que es menos usual, y según el territorio se da con más frecuencia o menos. En EEUU es donde más se han estudiado estos casos, en concreto dentro de la Unidad de Ciencias de la Conducta del FBI, el cual empezó -como ya he mencionado anteriormente- a estudiar esta serie de crímenes a finales de los 70.

Las controversias comenzaron desde la propia definición del fenómeno, lo que trajo numerosos debates a colación que han de ser considerados.

2.1.- Definiciones

En cuanto a la definición⁵ de asesinato serial planteada por el FBI se refiere a “homicidio de dos o más víctimas por el mismo delincuente en distintos eventos” (Alcaraz, 2014, p. 53). La definición concreta de asesinato en serie es muy difícil de realizar debido a que son múltiples las disciplinas que aportan conocimientos o dan su opinión desde su ámbito concreto. Entre estas disciplinas encontramos la criminológica, psicológica, jurídica, sociológica, médica e incluso policial. A pesar de todas las controversias que hayan podido surgir a raíz de la definición del asesinato serial, en 2005 se decidió elaborar un simposio en Texas organizado por el FBI, donde acudieron profesionales de distintas ramas y llegaron a la elaboración de la definición expuesta arriba. Esta se podría describir como bastante exacta, ya que recoge elementos fundamentales que aparece en todo asesinato serial; aunque muchos autores opinan que no recoge la motivación del autor.

Han surgido, según Alcaraz (2014), numerosas dudas en el factor cuantitativo de las víctimas recogidas en las definiciones de los distintos profesionales. Hay quienes no recogen ninguna cuantía, quienes recogen que deberían ser tres o más el número de víctimas y, para finalizar, los que consideran que deben ser dos o más.

Voy a comenzar a explicar las que exigen que sean tres o más la cantidad de víctimas, refiriéndome a seis autores, dos de los cuales son españoles. El primero es Ressler, quien plantea que un asesinato serial es cuando “se mata en tres o más ocasiones, con un periodo de enfriamiento entre ellas” (Ressler, 1985; citado en Alcaraz, 2014, p. 55). Por su parte, Holmes y Holmes (1994) definen al asesino serial como aquel que asesina a tres personas en un periodo de tiempo superior a treinta días con una víctima por cada asesinato. Por otra parte, Hickey (1996) atribuía este concepto a aquel agresor que ha sido acusado de los asesinatos de tres o más individuos, durante un periodo de días, semanas, meses o años (indefinido), siendo el homicidio deliberado, con actos premeditados en que el asesino elige a sus víctimas y actúa según su propia voluntad. Skrapec (2001) lo atribuía a tres o más asesinatos relacionados entre sí y

⁵ Esta definición es una transcripción de la que viene citada en el libro “Serial Murder: the unlawful killing of two or more victims by the same offender(s), in separate events”.

cometidos como discretos eventos por una persona durante un periodo prolongado de tiempo y en el que el principal motivo es la satisfacción personal. Para finalizar con las definiciones que exigen tres víctimas como cantidad mínima, los dos autores españoles: Cuquerella y Morilla. Cuquerella (2004) lo define como tres o más asesinatos en lugares y periodos temporales distintas, con fases de “refresco” intermedias y tras descompensaciones emocionales o psicopatológicas en su caso. Morillas apunta que son “sujetos que matan a tres o más personas acaeciendo entre cada uno de los crímenes un intervalo” (Morillas, 2002; citado en Alcaraz, 2014, p. 56).

Todas estas definiciones, por tanto, nos pueden ser útiles como complemento a las distintas teorías pero en cambio el número de víctimas se contradice con la definición propuesta por el FBI, donde en esta última son dos las víctimas necesarias para la existencia de un asesinato serial, y todas estas definiciones contemplan tres. Por otra parte, por ejemplo, la definición de Hickey rompería con lo que después voy a explicar de los asesinos organizados y desorganizados, ya que él recoge que necesariamente eligen a sus víctimas y esto no es así en todo los casos, en los de los desorganizados. Estos no eligen premeditadamente a sus víctimas, sino que es de forma fortuita.

Para continuar con esta problemática o debates surgidos en cuanto a lo que es un asesinato serial, hay autores que no contemplan una cantidad en cuanto a las víctimas, no establecen una cifra concreta. En realidad estos autores, entre los que se encuentran Holmes y De Burger, Scars y Esbec, se fijan o establecen como pauta fundamental la motivación del asesino. Por ejemplo, Holmes y De Burger (1988) caracterizan a un asesino en serie como una persona que mata y seguirá haciéndolo hasta que se le detenga, su víctima suele ser una por cada crimen y no tiene ningún tipo de relación con el agresor; también sostienen que el agresor está abocado a asesinar y que suelen carecer de móviles claros. Esbec define al asesino serial como aquella persona que “comete asesinatos separados en el tiempo sin conexión entre uno y otro aunque con un patrón común que el psicopatólogo debe intentar descifrar en la medida de lo posible” (Esbec, 2006; citado en Alcaraz, 2014, p. 59).

Por último, encontramos los autores que apoyan las definiciones en las que el número de víctimas son dos o más. Esto también se sostiene en la definición acuñada por el FBI con la ayuda de profesionales de muchas doctrinas, y por tanto estas son las

que más se acercan a la aceptada internacionalmente. Entre estos autores están Brooks, Egger, Geberth, Turvey, el FBI y Petherick. De estas voy a nombrar a Turvey que sugiere que “son dos o más casos relacionados de conducta homicida” (Turvey, 2008, p. 545); el FBI, que es la que se elaboró en este *simposium* ya mencionado, que lo describe como el asesinato de dos o más víctimas por el mismo delincuente, en distintos eventos; y para finalizar, Petherick, quien recoge que el asesinato serial son “dos o más casos relacionados de conducta homicida con un periodo de enfriamiento emocional entre ellos” (Petherick, 2006; citado en Alcaraz, 2014, p. 63). Como vemos, hay gran disparidad de opiniones en lo referente a la terminología de asesinato serial, pero también, como ya he comentado en varias ocasiones, se llegó a un acuerdo en el simposio organizado por el FBI en 2005 donde atribuyeron la definición explicada anteriormente al asesinato serial.

2.2.-Tipologías

A modo de introducción de las tipologías de asesino en serie, hay que reflejar que el objetivo del FBI era que el AS no fuera definido por los profesionales mediante tecnicismos o palabras que solo pudieran comprender las personas de ciertas profesiones, sino que querían que la tipología la pudiera entender cualquier persona interesada en el fenómeno. Por esto mismo, cuando acudían a una escena del crimen en la que ellos -con conocimientos psicológicos y jurídicos- atribuían a un asesino psicópata la denominaban “organizada” y, por el contrario, cuando se encontraran ante una escena de crimen cometida por alguien con otro trastorno psicótico, “desorganizada”.

Es verdad que dentro del propio FBI se dieron cuenta de que esta distinción entre organizados y desorganizados no bastaba para aplicar esto a cualquier caso de asesinato serial. Resultaba una dicotomía demasiado simple y perfecta como para atribuirse a todos los casos, y se estudió aquellos casos en los que los autores del crimen tenían rasgos de ambos tipos, entonces se les denominó “mixtos”. Un ejemplo de un asesino en serie mixto sería Edmund Kemper, el cual era altamente organizado, pero luego mutilaba a sus víctimas, lo que es un rasgo de los asesinos desorganizados (Ressler & Shachtman, 2005).

Por tanto, y sabiendo que la categoría de mixto es una mezcla de algunas de las características de los organizados y de los desorganizados, vamos a dar paso a explicar cómo serían cada una de estas tipologías de asesinos en serie a través de este libro de Ressler y Shachtman *Asesinos en serie*; y es importante recordar que aunque, por poner un ejemplo, los desorganizados consten de 10 características (que esto no es así de matemático) cualquier asesino en serie desorganizado no ha de cumplir todas ellas.

Para estudiar o determinar si un AS es organizado o desorganizado, lo primero que hay que hacer es observar la escena del crimen, bien en directo o mediante fotografías; y también observar y trabajar con toda la información que exista sobre la víctima (por ejemplo, si el matarla o atacarla supone riesgo para el autor del crimen o no).

Según Ressler y Shachtman, (2005) el crimen puede dividirse en cuatro fases, las cuales vamos a explicar mencionando las características de los organizados y los desorganizados. Las cuatro fases serían: antecedentes del delincuente, el crimen en sí mismo, el modo en que el asesino se deshace del cuerpo y el comportamiento posterior a la comisión del crimen.

Cuando hablamos de los antecedentes al crimen no nos referimos a los antecedentes penales, sino al nivel en el que este haya podido planificarse o no. En el caso del asesino organizado este llevaría la planificación del crimen, premeditándolo e incluso recreándose en la propia premeditación. El asesino desorganizado, en cambio, no planifica el crimen, sino que actúa según sus impulsos y, por esto mismo, es por lo que es más fácil de atrapar o saber quién ha cometido el crimen en estos casos.

La segunda fase se refiere al crimen en sí mismo. Dentro del crimen se da importancia a las víctimas y a los actos criminales que van más allá del mero asesinato. En este caso, el delincuente organizado escoge a víctimas que no tienen ninguna relación con él y que le son desconocidas, aunque emplee tiempo en seleccionarlas con cierto criterio. Normalmente, para ello, suele vigilarlas para saber si encajan en el tipo de perfil que ellos buscan o no, ya que el asesino organizado no elige cualquier víctima. A menudo engaña o utiliza trucos para controlarla o engatusarla (Cleckley, 1988; Hare,

1991; Ressler et al., 2005). Los aspectos físicos de la víctima influyen a que el asesino quiera escogerla o no. Este sujeto, por tanto, posee inteligencia y es listo, tiene habilidades verbales que le ayudan en el control que ejerce sobre la víctima. A modo de paréntesis, ante esto último comentado, Godwin y Rosen (2006) difieren de esta idea, ya que en un estudio realizado por los mismos sobre AS en EEUU llegaron a la conclusión de que sólo el 34% había acabado el instituto y, por esto, deducían que no eran tan inteligentes como se apunta.

Continuando con Ressler et al. (2005), el asesino organizado planifica cuidadosamente sus crímenes y con el tiempo mejora sus estrategias o fallos anteriormente cometidos. El asesino desorganizado, al contrario, no selecciona a sus víctimas con minuciosidad. Es más, no lo hace ni siquiera de manera lógica, y de este modo muchas veces elige a una víctima que supone riesgo para él mismo como, por ejemplo, que esta se resista mucho o incluso le deje al agresor heridas defensivas. Por ello, la característica principal que se le atribuye al asesino organizado es la planificación de sus crímenes y la del asesino desorganizado es la falta de lógica en la comisión de sus crímenes.

Otra característica del asesino organizado es la adaptabilidad y movilidad a la situación para la comisión de un crimen (Ressler & Shachtman, 2005; Garrido, 2012). Y además, suelen mejorar de un crimen a otro y perfeccionando la técnica de comisión de sus crímenes, teniendo cada vez mayor grado de organización. Cuando se está trabajando, por parte de la policía, en la investigación de una serie de crímenes en el que todos tienen el mismo modus operandi se aconseja coger el primer crimen como referencia, ya que el propio asesino va mejorando sus técnicas y aprendiendo de sus errores. Por ejemplo, esto pasa con los cuerpos, que en el primer crimen igual se ha trasladado el cuerpo, pero según avanzan los crímenes el cuerpo se traslada aún más lejos de la escena del crimen. Los asesinos organizados son tan previsores que a veces incluso portan un “kit de violación con el fin de no tener problemas al someter a la víctima, y de este modo puede disponer de una víctima sumisa, el cual es un elemento fundamental en sus fantasías” (Ressler & Shachtman, 2005, p. 175). Por tanto y contando con la característica de adaptabilidad, ¿qué se podría deducir del empleo de un coche en un crimen determinado? Bien es cierto que el delincuente desorganizado también podría emplear uno, pero en el caso de encontrarlo ese coche estaría sucio,

descuidado y en malas condiciones, probablemente como todas las pertenencias de este delincuente. El coche de un delincuente organizado, sin embargo, estaría impecable. En cuanto al arma es importante señalar que el delincuente organizado suele portar su propia arma y jamás abandona esta en el lugar del crimen, ya que es consciente de que le implicaría en el delito. El asesino desorganizado no se preocupa por eso, y a menudo emplea armas que ha encontrado en la escena del crimen y que ha utilizado al momento, dejándolas posteriormente ahí.

Existen situaciones en las que el delincuente organizado quiere jugar, vacilar o despistar a la policía, eligiendo el lugar de un crimen o disponiendo la muerte de una manera especial de forma que la policía se sienta confundida. Esto sólo puede ser obra de una mente lógica y racional, con amplias capacidades intelectuales. Los asesinos desorganizados no serían capaces de manipular las escenas del crimen porque ya de por sí el caos es lo que predomina en ellos. Una escena desorganizada presenta confusión y rasgos de espontaneidad, e incluso pueden existir algunos elementos en ella que reflejen sus delirios. En el caso de los delincuentes desorganizados la escena del crimen es la misma que la escena de la muerte.

En cuanto a los trofeos, el delincuente organizado suele conservar a menudo objetos personales de sus víctimas u objetos que se situarán en la escena del crimen, para posteriormente recrearse en sus crímenes mediante este objeto que le recuerde ese momento. Lo que quiere decir esto es que no se llevan estos objetos por un valor intrínseco, sino que su importancia es de otro tipo, para que ayuden al criminal a recordar su crimen e incluso puede ser objeto de futuras fantasías. A veces este trofeo se lo llegan a regalar a un familiar, esposa o amigo/a, conociendo sólo ellos el significado cuando portan ese objeto. El delincuente desorganizado, en cambio, no colecciona trofeos ni le interesan. En su mente reina una confusión y si algo se llevan de la escena del crimen pueden ser trozos del cuerpo de la víctima o incluso pelo de esta.

Estos crímenes tienen siempre una naturaleza sexual. El asesino organizado completa el acto sexual con la víctima viva, aprovechando su situación de superioridad y violándola siempre que tenga ocasión, incluso torturándola antes de morir. Cuando el sujeto es impotente en una relación sexual normal puede llegar a consumar el acto perfectamente cuando está torturando hasta llegar a asesinar a su víctima. El organizado

quiere mantener viva a la víctima el mayor tiempo posible, pero el desorganizado realiza ataques fugaces, aunque en ocasiones suele realizar actos perversos con ella después de matarla.

Después de esto nos encontramos con la fase tercera y cuarta, que se refieren a cómo se deshace del cuerpo el asesino y su comportamiento posterior. En estas fases los asesinos organizados y desorganizados tienen una personalidad muy distinta. Los asesinos organizados no se sienten inferiores al resto, sino lo contrario. De hecho, a menudo siguen el progreso (o la ausencia del mismo) de la investigación por parte de la policía en los medios de comunicación. El asesino desorganizado se desentiende del crimen una vez cometido.

Por tanto, según el FBI, existen dos tipologías fundamentales de asesinos en serie: organizados y desorganizados; añadiéndose la categoría de mixto, la cual tendría características de ambas tipologías. Ressler y Shachtman (2005) refieren que en las investigaciones realizadas por el FBI, que sólo un tercio de los asesinatos seriales corresponderían a asesinos desorganizados, mientras que dos tercios serían asesinos organizados. Es importante mencionar que, según el FBI, la cantidad de asesinos organizados puede estar creciendo hoy en día debido a la difusión de armas de destrucción masiva y la movilidad social, que son factores que ayudan a que los criminales puedan cometer sus crímenes con mayor facilidad y a evadir la justicia.

Esta tipología es la aportada por el FBI en base a los procedimientos y modus operandi de los AS en sus crímenes. El FBI ha aportado mucho conocimiento al respecto, diferenciando a los AS como organizados, desorganizados o mixtos. Muchos otros autores proponen clasificaciones distintas. Por ejemplo, podemos nombrar a Holmes y De Burger (1988), que llevan a cabo la clasificación de los AS atendiendo a la motivación de sus asesinatos. Estos autores proponen cuatro tipos: visionario, misionario, hedonista y dominante. El visionario haría referencia a aquel grupo donde abundan los asesinos con esquizofrenia o con algún trastorno psicótico. Su visión de la realidad está distorsionada y suelen tener delirios o alucinaciones. Normalmente se creen que son otra persona o que alguien les habla para que cometan el asesinato. Los misionarios son aquellos que llevan a cabo los asesinatos porque supuestamente se les

ha encomendado una misión y, habitualmente, suele ser para librar al mundo de personas “indeseables”, dentro de las cuales pueden ser personas de otra raza, de condición sexual diferente a la socialmente admitida, etc. Los hedonistas asesinan por puro placer y cometen asesinatos que les hacen sentir satisfacción. Dentro de este grupo se contemplan varios subgrupos de motivaciones: lujuria (quieren obtener satisfacción sexual, y a veces tienen trastornos parafilicos como necrofilia o sadismo), búsqueda de emociones intensas y adrenalina (sólo pretenden una excitación emocional), beneficio material (utilizan el asesinato como medio para conseguir dinero o bienes materiales y las víctimas en estos casos suelen ser conocidas, e incluso familiares) y por último, el poder/control (estos han tenido una infancia dura y probablemente repleta de abusos y ahora necesitan potenciar su autoridad frente a la víctima). Por último, los dominantes, son los que cometen los asesinatos motivados por el control y poder que ejercen sobre la víctima, sintiéndose poderosos teniendo la vida de otra persona en sus manos.

Por otra parte, Fox y Levin -citados por Petherick (2005)- se basan en la clasificación anteriormente citada, distinguiendo a asesinos en serie emocionales (aquellos que se mueven por emociones fuertes y se dividirían en sádicos o en dominantes), los misionarios (que se definirían igual que los definieron Holmes y De Burger), y por último, los que actúan por conveniencia (los que quieren asesinar por conseguir algún tipo de beneficio de sus víctimas).

Otra postura acerca de las tipologías de asesinos en serie es la aportada por Rossmo (1995), basándose en la zona de influencia o perfil geográfico, es decir, las zonas donde el asesino ejecutaría sus crímenes. En base a esto, dividiría a los AS en cuatro categorías: cazadores (aquellos que tienen un área de actuación fija, aunque esta puede ser muy amplia, extendiéndose a una ciudad entera, aunque generalmente suelen buscar a sus víctimas en los alrededores e inmediaciones a su casa), cazadores furtivos (los cuales no tienen un lugar fijo sino que van viajando de un lugar a otro, siendo el área de actuación distinta a la de su vivienda), pescadores (los cuales tienen un área fija igual que los primeros, pero se diferencian en que su área de actuación es mucho más pequeña a la de los otros) y tramperos (los cuales usan trucos y engaños para trasladar a la víctima hasta el lugar donde luego actúan).

Salfati y Canter (1999) también hacen su clasificación de AS en torno al perfil geográfico donde actúan, dividiéndolos en tres categorías: instrumental-cognitivos (son asesinos que premeditan y planifican sus crímenes, teniendo mucha experiencia en la comisión de delitos, por lo que suelen dejar muy pocas pruebas), instrumental-oportunistas (persiguen un objetivo concreto relacionado con la víctima aunque, aun así, es elegida de forma oportunista y, por tanto, las armas utilizadas suelen ser improvisadas), y los expresivo-impulsivos (los cuales actúan como respuesta a alguna emoción intensa que ellos tienen y el asesinar a la víctima les sirve para liberar la ira; por tanto, el ataque también sería realizado de forma repentina y sin planificación).

Hay una última clasificación sobre la que han trabajado otros autores, como por ejemplo Aamodt (2015), dividiendo a los AS según género (hombre o mujer). Según las estadísticas llevadas a cabo por Aamodt, profesor licenciado en psicología, el 88.1% de los AS serían hombres. Sostiene que biológicamente los hombres tienen mucha más testosterona, lo que en general aumenta la agresividad. También suelen tender, al contrario que las mujeres, a exteriorizar la tensión. Los hombres, además, suelen contar con más fuerza física. Las mujeres, según el mismo autor, constituirían el 11.9% restante y suelen tender a envenenar a sus víctimas, en vez de usar métodos en los que se utilice la fuerza. La mujer, por su debilidad física, no se arriesgaría al peligro que podría suponer atacar a su víctima.

3. FACTORES PREDISPONENTES DEL ASESINO SERIAL

Entre los factores predisponentes o inductores del asesinato serial vamos a repasar cinco: la violencia parental, el aislamiento social, la influencia de los medios de comunicación, ciertas variables psicológicas y la crueldad hacia los animales en la infancia.

3.1.- Violencia parental

La familia tiene un papel importante en cuanto a la educación del niño en un ambiente tranquilo y pacífico. Hoy en día no suele suceder así, ya que los padres compran a sus hijos juguetes como armas y pistolas, sin contar con los videojuegos repletos de contenidos violentos con los que la gran mayoría de niños se pasan jugando horas. Por otra parte, en muy pocos casos existe una buena comunicación entre padres e hijos en cuanto a las normas, principios y valores que deben adquirir para vivir en sociedad. Esto puede producir que en la edad adulta la conducta acabe desencadenando en actos violentos y antisociales (García, Padilla & Reyes, 2007).

El psiquiatra Joel Norris (1990) se centra en los ciclos de violencia generacionales, haciendo referencia al posible abuso de padres a hijos, ya sea físico como psicológico. Si estos niños han vivido una situación de violencia y abuso en su infancia, probablemente cuando sea mayor y tenga que acudir a ciertos recursos para resolver los problemas, acudirá a la violencia. Y, además de generar comportamientos violentos, impide que el desarrollo del niño se produzca de manera adecuada. Los padres que tienen la convicción de que educando a sus hijos en un lugar distante y estricto conduce a una educación de éxito están equivocados, ya que es contraproducente por la ausencia de lazos afectivos entre padres e hijos. Aquella persona carente de interacción social se refugia en pensamientos violentos que pasan a ser la única fuente de felicidad o de sensaciones positivas. Ressler et al. (2005) plasman que tras una infancia inadecuada el individuo crecería rodeado de fantasías sobre control y poder, de forma que no establece ni experimenta sentimientos empáticos por los demás. De todas formas, muchos autores -que nombraré a continuación- recalcan

que un abuso infantil no crea a un futuro asesino, pero sí que constituye un factor dominante en personas rodeadas de violencia.

Es imprescindible mencionar que existen una gran cantidad de estudios que afirman que la conducta negligente de los padres hacia los hijos (y más aún en los primeros años de vida del menor) puede influir en el desarrollo de la psicopatía y de una carrera criminal violenta (Hare, 1970, 1991; Borrás, 2002; Morana, Stone & Abdalla-Filho, 2006; Knight 2006; Jerez, 2008). Borrás (2002) hace referencia a un estudio con 97 personas encarceladas, en el que se concluyó que había mayor predisposición a la conducta violenta cuantos más factores negativos y perjudiciales existieran en la familia, así como el alcoholismo y drogadicción en general, malos tratos, peleas entre los progenitores, etc. Del mismo modo, todos los asesinos en serie entrevistados por Ressler habían sufrido maltrato psicológico durante su niñez, en muchos casos teniendo problemas con la figura materna, la cual era distante y negligente. Las figuras paternas tampoco prestaban la atención que un hijo merece y, además, no ayudaban a que estos distinguieran entre las conductas no aceptables y las que sí lo son. Esto supone una falta de socialización por el agente primario más importante que existe: la familia. Los padres de estos niños no llevaron a cabo un adecuado proceso de socialización con sus hijos y por ello, en parte, acabaron asesinando. La mayoría de los padres no enseñaron a sus hijos que en la sociedad hay que convivir con las demás personas e interactuar adecuadamente con ellas (Ressler et al., 2005).

Donald Winnicott fue un médico especializado en pediatría que dedicó gran parte de su carrera profesional al psicoanálisis, centrando su estudio en la relación madre-lactante. Winnicott (1984) refiere al desarrollo de la capacidad de preocuparse por los demás como un fenómeno complejo y como un aspecto fundamental de la vida social. Esta capacidad incluye tanto la preocupación en sentido positivo como la culpa. Su desarrollo depende de que el infante se cree en un hogar dotado de buen ambiente y una responsabilidad y preocupación materna suficiente (Winnicott, 1984). Se recoge la idea de que el bebé y la madre son un mismo ser durante el primer año de vida del niño y, posteriormente, el niño se va relacionando con otros objetos. “Implica un yo que empieza a independizarse de la madre como yo auxiliar” (Winnicott, 1984, p. 124). El niño lo que necesita es ser irresponsable para comprobar que el hogar es sólido y capaz de soportarlo (mediante un control externo) y poder ser responsable. Lo que puede

ocurrir si el hogar no aporta este control es que el niño busque una seguridad externa en alguien que no sean sus propios padres, como puede ser cualquier otro familiar o alguien del entorno escolar. Si alguien le proporciona esta estabilidad puede pasar de ser dependiente a ganar cierta autonomía propia. El niño antisocial apela esa estabilidad a la sociedad, es decir, va más allá de la familia o la escuela. La conducta antisocial que ejerce es una especie de mensaje de socorro para que alguien lleve a cabo el control que debían haber ejercido los agentes de socialización primarios: la familia y la escuela.

Winnicott (1984) sostiene que cuando existe una conducta antisocial en el niño es debido a que ha ocurrido una deprivación, que no privación. Es decir, que el niño tuvo algo positivo en su vida hasta la fecha y lo ha perdido. Anteriormente a la postulación de Donald Winnicott, Bowlby ya había hablado del término “deprivación”. Las interrupciones y carencias en las relaciones entre madre e hijo durante los tres primeros años de vida suelen traer consecuencias para la personalidad del niño (Bowlby, 1954; Cleckley, 1988; Palermo, 2008). De hecho, en sus historiales clínicos aparecen como personas emocionalmente inhibidas y aisladas. No desarrollan la capacidad de socializarse con los demás y, por tanto, no llegan a tener relaciones de amistad íntimas. Es cierto que muchas veces aparentemente aparecen como sujetos integrados y sociables, pero cuando se profundiza en sus sentimientos se puede observar que “estos carecen de hondura” (Bowlby, 1954, p. 40). Es decir, Bowlby hace hincapié en los desordenes de conducta y alteraciones de la personalidad provocados por la deprivación de los cuidados maternos -a veces por internar al niño en alguna institución y otras veces por cambiar de figura materna como si fuera mercancía-. A este respecto, Winnicott (1984) habla sobre las carencias afectivas y las influencias sobre ciertas psicopatologías. Las carencias afectivas precoces pueden suponer un elemento fundamental en el origen de la psicopatía.

Pont y Sauch (2008) añaden que las primeras experiencias vitales que tiene el niño tras el nacimiento son muy importantes para modelar la arquitectura neuronal y la personalidad de este. También está demostrado que el ser humano necesita de contacto físico y emocional con la madre. Observan que cuando no se toca y no se trata con afecto al niño los sistemas cerebrales que se relacionan con el placer y el bienestar no se desarrollan de un modo adecuado.

En síntesis, la manera inadecuada de disciplinar o educar a los hijos utilizando fuerza física o maltrato psicológico o simplemente el incumplimiento de sus obligaciones como padres durante la infancia puede generar psicopatía (Bandura, 1979; Jerez, 2008; Borja & Ostrosky-Solís, 2009). Raine ya sostenía que cuando se diagnostica la psicopatía normalmente nos encontramos ante un sujeto que tiene “bajo nivel de ansiedad, ausencia de remordimientos, pensamientos narcisistas, ausencia de reacciones y relaciones afectivas y comportamientos irresponsables” (Raine, 2000, p. 98). Estos psicópatas han sufrido malos tratos durante su infancia, quedando alterado el adecuado desarrollo que tendría que haberse producido y, como consecuencia, se da también falta de integración y adecuada interacción con los demás.

Ahora, es conveniente hacer referencia a Ressler et al. (2005), que llevó a cabo una larga y difícil investigación a través de numerosas entrevistas con distintos asesinos seriales. Entre otras muchas cosas, Ressler resalta que sus estudios demostraron que la figura paterna o materna tiene un papel esencial en los primeros años de vida; y sobre todo en los siete primeros años su relación con la figura materna. Es la época durante la cual el niño aprende a amar. Ressler y colaboradores observaron que los asesinos seriales estudiados procedían de hogares donde la madre era distante y fría, que no aportaba amor a sus hijos. Añaden que durante la infancia e incluso adolescencia sufrieron malos tratos, tanto físicos como psicológicos. Estos niños nacieron en hogares sin límites, en los que no se preocupaban por lo que ellos hacían y, por tanto, sin dar la educación que un padre o madre ha de dar a sus hijos. No les enseñaron las conductas que diferenciaban el bien del mal, y en muchos casos los niños vivían situaciones en casa con gran contenido violento, lo cual también afecta en su desarrollo, en ocasiones tomando algunas conductas muy negativas como correctas o incluso normales o habituales. Ressler hace referencia a la infancia vivida por Richard Chase, más conocido como “el asesino vampiro”. Según informes psiquiátricos su madre estaba diagnosticada de esquizofrenia, y emocionalmente era una persona incapaz de educar y hacerse cargo de su hijos. Muchos otros asesinos en serie tuvieron madres esquizofrénicas, y en los que no fue así, la madre siempre presentaba -y en ocasiones en el padre- alguna anomalía, trastorno o abuso de sustancias, etc.

Es verdad que Ressler y Shachtman comentan que la negligencia no se produce siempre por parte de la figura paterna o materna, como es el caso de Ted Bundy. Bundy

se crió los cuatro primeros años de su vida en la casa de sus abuelos, donde también vivía su madre. Él pensaba que sus abuelos eran sus padres, y veía a su madre como la figura de su hermana. Aunque no existían indicios de conducta negligente por parte de la madre, sí que existían en relación a haber sido maltratado y abusado sexualmente por algún otro miembro de su familia.

Es importante comentar que, por supuesto, no todas las personas que viven estas situaciones derivan en personalidades antisociales (Ressler et al., 2005), pero en muchos casos sí es de gran influencia. Esto está relacionado con lo que refiere Jerez (2008), quien afirma que el maltrato infantil es efectivamente un factor de riesgo en la futura conducta psicopática, y sobre todo cuando este sujeto no ha sido sometido a tratamiento psicológico o terapia.

Otros muchos autores (Pincus & Lewis, 2001; Borrás, 2002; García et al., 2007) hacen referencia a los malos tratos hacia el niño cuando se da una mala nutrición de la madre durante los primeros meses del embarazo, el no tener precauciones que los médicos recomiendan durante el embarazo, niños que nacen con muy poco peso, etc.

El conflicto familiar está, como ya he mencionado, íntimamente relacionado con los delitos violentos, pero es importante hacer referencia a que otros muchos factores influyen también en esta explosión de violencia, así como la marginación social, el fracaso escolar o laboral, el racismo y la toxicomanía. De hecho, siempre que hay alguna pelea multitudinaria violenta está presente el alcohol de por medio (Borrás, 2002).

3.2.- Aislamiento social

Fromm (1964) habla de la persona perturbada como aquella que ha fracasado por completo en el establecimiento de cualquier clase de vínculo o unión y se siente prisionera. “La necesidad de vincularse con otros seres vivos, de relacionarse con ellos, es imperiosa y de su satisfacción depende la salud mental del hombre. Esta necesidad está detrás de todos los fenómenos que constituyen la gama de las relaciones humanas

íntimas, de todas las pasiones que se llaman amor en el sentido más amplio de la palabra” (Fromm, 1964, p. 33).

Los asesinos en serie generalmente son personas solitarias, frías, distantes y crueles en sus crímenes (Ressler et al., 1992; Ressler & Shachtman, 2005; Palermo, 2008). El aislamiento o la soledad aparecen como un sentimiento y estado de separación de las demás personas. Este aislamiento puede provocar sufrimiento tanto físico como psicológico, y se presenta como un factor implicado en la aparición de enfermedades psicopatológicas, psicosomáticas o somáticas (Palermo, 2008). Según Palermo, hay muchos tipos de aislamiento, pero el más duro es el social, ya que este tipo de aislamiento puede llevar al ser humano a creer en su incapacidad para pertenecer a la sociedad y puede producir una distorsión de la realidad. En opinión de Palermo, esto ocurre -en parte- debido a que una persona que se siente y está sola se centra en sus conflictos internos y se aparta de los demás, provocando este distanciamiento la disminución de la capacidad de sentir amor y confianza. En ocasiones, los asesinos en serie con una personalidad psicopática muestran en su discurso sentimientos de aislamiento y baja autoestima, además de vergüenza por no ser capaces de cumplir las expectativas que marca la sociedad (Palermo, 2008).



Los resultados de los estudios realizados por el FBI mostraban que el 71% de los asesinos en serie relataban constante aislamiento social durante su infancia (Ressler et al., 1992; Douglas & Olshaker, 1995). Douglas recalca el papel fundamental que tienen las fantasías en el niño, compensando estas la carencia de estímulos positivos. En ocasiones las fantasías tienen contenido sexual que excita y atormenta al niño. El peligro aparece cuando la línea existente entre fantasía y realidad se debilita. En referencia a los resultados obtenidos por el FBI, el 82% de los sujetos habían experimentado fantasías en la infancia.

Según Ressler y Shachtman (2005), los asesinos en serie entrevistados se volvieron personas solitarias y se aislaron en el intervalo de edad que comprenden los 8 y los 12 años aproximadamente. Este aislamiento puede ser consecuencia de numerosos factores, como la ausencia de la figura paterna en su infancia. Además, este aislamiento es el aspecto más importante de su identidad psicológica, y esta ausencia de la figura paterna -en este caso- es la que le provoca alejarse de sus amigos y, sobre todo, de

ciertas situaciones que se dan cuando se es pequeño como, por ejemplo, el acudir a un cumpleaños de un amigo de clase donde están todos los padres acompañando a sus hijos y yendo a recogerles.

Bowlby (1954), por su parte, hace mención a los niños que pasan su infancia en internados. Refiere que la incapacidad vivida en esos centros de dar y recibir afecto hace que los niños presenten síntomas comunes de no haberse dado un correcto desarrollo de la personalidad, produciendo en ellos desconfianza hacia las demás personas. Bowlby concluyó de este modo a partir de un estudio realizado con 28 niños. Además, lo complementaba citando a Goldfarb y sus estudios con niños, también internos en este tipo de centros. Estos trabajos contaban con solidez debido al correcto planteamiento científico del problema desde un principio, orientados a probar la hipótesis de que el haber vivido en un entorno carente de afectividad materna producía efectos nocivos “en el desarrollo de la personalidad” (Bowlby, 1954, p. 45, citando a Goldfarb, 1947). Bowlby también hace referencia a Spence, quien estudió los efectos adversos del aislamiento en el desarrollo de la personalidad. Spence realizó este estudio tomando como muestra los niños que desde pequeños tenían que estar ingresados en centros hospitalarios por cualquier motivo.

En la muestra que obtuvieron Ressler y Shachtman, las tres cuartas partes de los asesinos en serie habían tenido prácticas sexuales antes de la adolescencia, y entre los 12 y 14 habían fantaseado con violar a alguien. Los daños psicológicos que producen los padres a los hijos con su actitud negligente hace que los hijos sean incapaces de desarrollar habilidades sociales, las cuales son necesarias y están muy relacionadas con las habilidades sexuales, y estas últimas con las relaciones personales y emocionales positivas. Ressler y Shachtman (2005) objetan que este aislamiento no es siempre percibido por los demás, ya que algunos de estos asesinos sí que son sociables con las personas pero esa sociabilidad muchas veces es una máscara o mecanismo de defensa ante el aislamiento interno. El nivel de aislamiento suele crecer en la adolescencia, pudiendo ser acompañado de determinadas conductas como la enuresis, pesadillas, soñar despierto o la masturbación compulsiva.

	<p>“Mabou” (Amenabar, 2015)</p> 	<p>John Wayne Gacy (Ressler, 2014)</p> 
<p>Historia personal</p>	<p>“Mabou” es el nombre ficticio de un asesino serial entrevistado por Amenabar (2015) mediante sus visitas a la cárcel en el periodo de junio de 1999 y noviembre de 2000. Mabou secuestró, asesino y enterró los cuerpos de dos mujeres jóvenes de 25 y 19 años. Hubo una tercera víctima que consiguió escapar; gracias a esto Mabou fue detenido.</p>	<p>Fue declarado culpable del asesinato de 33 jóvenes entre 1972 y 1978.</p> <p>Fue detenido en Milwaukee en la década de los 90 por diecisiete asesinatos, aunque posteriormente se supo que habían sido muchos más.</p> <p>Gacy fue entrevistado durante años por Ressler.</p>
<p>Motivos del aislamiento social</p>	<p>Mabou tuvo una infancia en la que predominó su enfermedad. “Desde chico me daban ataques. No sé qué tipo de ataques eran; algunos médicos los denominaban ataques epilépticos y otros no” (Amenabar, 2015, p. 15). Mabou tenía que ver al médico con frecuencia, pasando gran parte de su infancia en consultas médicas. “Me acostumbré a andar solo. No tenía con quién jugar. Me encerré en mi propio mundo (...) el exterior no me llamaba la atención” (Amenabar, 2015, p. 16).</p> <p>Mabou no tuvo amigos ni durante la infancia ni la adolescencia. “...Aprendí a no confiar en nadie. Las únicas personas en las que confío son mi familia” (Amenabar, 2015, p. 16).</p>	<p>En las entrevistas efectuadas, Gacy recalca su anormal infancia, tanto física como mentalmente. “A los diez años me dijeron que tenía ensanchado el corazón con una deformación. Me desmayaba a menudo.” (Ressler, 2014, p. 125).</p> <p>Por su enfermedad, Gacy estuvo alejado de los niños de su edad. “No me dejaban correr ni jugar. Era un niño enfermizo. En el colegio no me permitían hacer gimnasia ni participar en los deportes. Más tarde me diagnosticaron epilepsia psicomotora” (Ressler, 2014, p. 125).</p>

A partir de aproximadamente los 8 años las hormonas sexuales se incrementan significativamente, y el menor puede sufrir aislamiento, pérdida o ausencia paterna y autoerotización (en un 80%) (Cuquerella, 2004; Palermo, 2008). Estas experiencias pueden ser las causantes de los patrones antisociales y las fantasías sexuales que puede

experimentar el niño o adolescente, impidiendo que este se relacione con otros de forma normal y adecuada, y tenga relaciones sexuales aceptables. Los asesinos seriales aparecen emocionalmente como inquietos y antisociales, resguardándose de este modo en sus fantasías, que se convierten en la principal fuente de excitación emocional (Palermo, 2008).

En opinión de Cordero y Quirós (2008), el asesino en serie opera en varias fases, en concreto siete: fase de áurea, de pesca, de seducción, de captura, de asesinato, fetichista y depresiva. En la primera de ellas, la de áurea, es la fase en la que se produce lo explicado anteriormente. Es decir, se aísla socialmente del mundo y acaba inmerso en sí mismo, centrándose en sus fantasías perversas de muerte y violencia. A través de esas fantasías, los asesinos seriales crean una realidad paralela en la que tienen poder y control, no siendo débiles ni sintiéndose amenazados por otros. La fantasía puede satisfacerlos de forma pasajera pero, como explicaremos en el proceso adictivo de la violencia, esta satisfacción no dura mucho, y esto les impulsa a matar de nuevo.

Borrás (2002) menciona que si se quiere prevenir la aparición de conductas violentas y antisociales hay que hacer hincapié en una buena educación hacia los hijos, que es tan simple como llenar de afecto a los niños durante su infancia y evitar que este sea sometido a estrés, aparte de educar al niño para que diferencie lo que está socialmente aceptado de lo que no. La ausencia de estrés se basa en que el niño tenga cubiertas sus necesidades primarias, y que esté rodeado en casa de amor y cariño. El estrés en los niños eleva el nivel de cortisol en sangre, lo que en ocasiones produce lesiones cerebrales relacionadas con los comportamientos socializados y las emociones (McCord & McCord, 1964; Blackburn, 1969; McCord, 1999).

3.3.- Influencia de los medios de comunicación

Hay muchos estudios que nos muestran que ver violencia en la televisión puede tener efectos de agresividad en los niños. Uno de los autores que sostiene esto es Bandura (1979), quien trabajó con los efectos que provenían de ver determinada cantidad de violencia en los medios de comunicación, y sobre todo de la televisión. En un primer acercamiento pudo observar que la violencia y la agresividad que los niños

contemplaban en la televisión les enseñan estilos generales agresivos y, además, en muchas ocasiones les enseñan que los problemas se solucionan mediante la fuerza.

En segundo lugar, según Bandura, los niños al ver tanta violencia en los *mass media* o medios de comunicación aprenden que la violencia es algo normal o común. Al verlo como algo normal, les habitúa a la violencia y agresividad, y por tanto acaban desensibilizándose. Por último, Bandura observó que la violencia modelaba o alteraba la visión de las personas sobre la realidad (García, Padilla & Reyes, 2007).



En los medios de comunicación al ver, por ejemplo, en las noticias, imágenes violentas y desagradables los niños van aprendiendo que el mundo es completamente desagradable y que no hay cosas buenas en él, cuando esto no es así. García et al. (2007) añaden en su obra un estudio realizado por Peter Vronsky en 2004, el cual contempla una interesante teoría sobre los sentimientos de las personas hacia historias o películas de asesinos en serie. Él establece una relación entre la curiosidad y fascinación que muestra la sociedad hacia los asesinatos de los AS y el poder de los medios de comunicación. Al observar que este tipo de historias no desagradaban, sino que atraían, los medios de comunicación las añadieron al mercado (Herrero, 2009).

3.4.- Variables psicológicas

Los asesinos en serie están motivados por una serie de motivaciones de origen psicológico orientadas a satisfacer su deseo de poder y sus impulsos sexuales. Algunos investigadores proporcionaron ciertas características que pueden desencadenar en una futura comisión de homicidios, tales como impulsividad, búsqueda de sensaciones o ausencia de miedo (Zuckerman, 1999; Romero, 2000), ausencia de empatía y de remordimiento, distorsiones cognitivas como deshumanización de las víctimas (Bandura, 1979), una infancia traumática (en muchos casos con abusos psicológicos o físicos), placer por la piromanía en la infancia, etc. En muchas ocasiones, esta última característica, la piromanía, les ofrece placer sexual. La crueldad hacia los animales también es un claro signo de alerta en asesinos seriales, sobre la que me centraré a continuación. Junto con estos factores mencionados, hay que añadir que las motivaciones psicológicas que les impulsan a cometer estos actos pueden ser condicionamientos personales, o culturales y/o sociales.

Skrapec (2000) señala tres temas que suelen dominar las motivaciones del asesino serial: la justificación, el control y el poder, y la vitalidad. La justificación supone que los asesinos en serie suelen tender a la evitación de la responsabilidad justificando sus actos, en muchos casos porque -según ellos- las víctimas lo merecen. La motivación de control o poder va en la línea de que a los asesinos en serie su poder sobre la víctima les proporciona una sensación de bienestar e incluso de clímax. La vitalidad se refiere al éxtasis emocional o de ira violenta, tras la cual habiéndola saciado, surge la calma. En algunos casos, la venganza también actúa como motivación psicológica.

En la adolescencia se da un aumento de absentismo escolar y actitudes rebeldes que pueden desencadenar en comportamientos delictivos, robos, etc. (Rutter & Giller, 1983), y si no se da un cambio en estos comportamientos probablemente el sujeto tendrá una carrera delictiva. Egger (1999) teoriza con la pobre socialización que han tenido los asesinos en serie durante la infancia, viviendo persistentemente refugiados en sentimientos de impotencia y desamparo, abuso y abandono, falta de afectividad parental, y, en muchas ocasiones, relaciones disfuncionales con la figura materna.

3.5.- Crueldad hacia los animales

Hablar sobre la violencia que ejercen las personas hacia los animales relacionándola con la posible futura serialidad criminal merece en un primer lugar una contextualización sobre este tipo de violencia. Jácome (2014) sostiene que la violencia generalmente va asociada a la intencionalidad de causar un mal a otra persona diferenciándose del daño que se hace a otras personas de forma accidental. Ahora bien, otros autores, como Englander (2003), opinan que hay una tercera forma de violencia: la impulsiva. La violencia impulsiva tiene como objetivo alcanzar una estimulación sensorial mediante la violencia, y no la motivación de hacer daño.

Como observan muchos autores, la crueldad hacia los animales desde hace muchos años tiene relación con la peligrosidad. Esto lo sostiene, por ejemplo, McDonald (1963), al hablar de la “tríada de la sociopatía”, una teoría en la que la serialidad criminal está relacionada con tres conductas durante la infancia y adolescencia: la obsesión por el fuego o piromanía, la crueldad ejercida hacia los animales y la enuresis.

En EEUU se realizaron estudios donde se quería contrastar la conexión entre ambos factores (crueldad con los animales y violencia) llevándose a cabo numerosas entrevistas tanto con asesinos seriales como con otros presos violentos y resultó que el 56% de ellos tenía antecedentes de violencia contra animales durante la infancia. Además, posterior a este estudio, se hizo otro en una cárcel de máxima seguridad estadounidense, encontrándose una relación entre maltrato animal y violencia contra humanos. Aún así, respecto a este último estudio, concluyeron que la información no era del todo fiable y que se necesitaba un estudio de mejor calidad (Alcaraz, 2014).

Los tres comportamientos que recoge la tríada de McDonald han sido observados en muchas de las infancias de conocidos asesinos seriales; por ello, cuando alguna de estas conductas se observan en un niño puede ser un signo de alerta roja (Felthous, 1998; Cuquerella, 2011; Jácome, 2014). En su modelo motivacional, Burgess et al. (1986), encontraron una conexión entre la violencia hacia los animales en la infancia y el asesinato en la edad adulta. Si frente a estas conductas durante la niñez no

se ejerce un proceso retroactivo de control se puede generar un aislamiento del resto de la sociedad y el niño va asumiendo como normales estas conductas, empeorando su estado psicológico y suponiendo un riesgo de peligrosidad de cara al futuro.

Como Skrapec (2000) plantea, no solo es importante centrarnos en esta crueldad hacia los animales, sino que durante la infancia del niño pueden producirse eventos desestabilizadores que de no ser afrontados o tratados pueden traer importantes consecuencias para su personalidad. En los estudios que se han realizado sobre asesinos en serie se ha visto que estos eventos -abandono de la madre, historiales de toxicomanía en la familia, violencia parental- han producido una disminución de la capacidad de afrontar situaciones estresantes y, por ello, responden con comportamientos antisociales y patológicos. Los niños que han presenciado actos violentos o malos tratos tienden a experimentar fantasías violentas, venganza y falta de control de sus impulsos (Weatherby, Buller & McGinnis, 2009; Pozueco & Moreno, 2013). Según el modelo de Weatherby, Buller y McGinnis, el 50% de los asesinos en serie había cometido crueldad hacia los animales durante la niñez. Cuando se produce un maltrato hacia una mascota se presenta como indicador de potencial maltrato hacia un niño o adulto vulnerable, por lo que esto puede servir de alarma (Querol, 2008).

Battle (2013) refiere que la mayoría de personas que cometen crímenes violentos tienen antecedentes de maltrato hacia animales en la infancia y adolescencia, y que la crueldad hacia animales en un niño supone un signo de alarma, pudiendo desencadenar futuras actuaciones violentas, ya que es un indicador de abuso infantil en el hogar. También puede ser signo de violencia matrimonial o violencia hacia los ancianos. Además, Battle objeta que hay que intervenir por parte de los padres o educadores cuando se sospecha o se tiene conocimiento de que el niño está matando o maltratando animales, y que sin la intervención necesaria los niños que ejercen la violencia hacia animales suelen verse envueltos en situaciones de bulling, vandalismo u otros comportamientos antisociales, y puede escalar a una violencia más seria en un futuro.

Jácome (2014) -citando a Krafft-Ebbing, 1894- expone que el abuso y los actos sádicos hacia los animales se traduce muchas veces en el miedo de actuar con otro ser humano y desplazándose la violencia hacia los animales, debido a que son más sencillos de dominar.

Hay escenas o actitudes infantiles análogas al crimen que están relacionadas con la posible futura criminalidad. Con “escenas” podemos referirnos a cortar la cabeza de los animales, por ejemplo. Los jueces que observan estas conductas prevén que el individuo ya cometía crímenes en su infancia, aunque no sean contra otro ser humano. A Dahmer⁶ (más conocido como el carnicero de Milwaukee) le gustaba abrir peces y verlos morir; a los diez años torturaba animales. El padre de Dahmer comenzó a darse cuenta de que algo le pasaba a su hijo, ya que de ser un niño feliz y extrovertido pasó a ser muy retraído. Intentó que se sometiera a tratamiento pero no funcionó, creciendo Jeffrey Dahmer sin conciencia de las consecuencias de sus actuaciones. Un dato curioso que aporta Cano (2010) es que posterior a su muerte los padres de Dahmer se pelearon por la posesión de su cerebro, queriendo la madre venderlo a algún centro de investigación y su padre con el único objetivo de enterrarlo. Por su parte, Dennis Rader⁷ padecía de un trastorno del aprendizaje y comenzó a ser cruel con los animales. Según Ressler, otro agente de socialización primario, que es el sistema educativo, había fallado.

Muchas veces, cuando un niño comienza a realizar conductas dañinas contra algún compañero o algún animal, los padres no actúan como han de hacerlo aportando ayuda psicológica, o abordar las cuestiones importantes de la vida del niño. La mayoría de los asesinos seriales durante la adolescencia comete actos crueles hacia los animales -aparte de muchas otras conductas antisociales como agresiones a profesores, piromanía, delitos contra la propiedad, etc.- pero “aunque estos actos se inicien en la adolescencia, el pensamiento de estos actos y la causa que los produce viene de mucho antes, solo que está escondida bajo la superficie” (Ressler & Shachtman, 2005, p. 127).

Felthous (1980) realizó una conceptualización analítica sobre el impacto que tiene el maltrato parental sobre el niño y la futura crueldad de este con los animales. Lo que hace el niño es proyectar toda esa agresividad que no puede ejercer contra su progenitor contra un ser más débil como es un animal.

⁶ Jeffrey Dahmer fue un asesino en serie condenado a 396 años de cárcel por matar a 17 hombres entre 1978 y 1991. Murió en 1994 asesinado por otro preso a golpes en la cárcel de Wisconsin. Fue muy conocido por sus asesinatos, que se caracterizaban por las prácticas de necrofilia y canibalismo.

⁷ Dennis Lynn Rader fue condenado a diez cadenas perpetuas por el asesinato de diez personas entre 1974 y 1991. Actualmente sigue con vida en la cárcel de Kansas.

El FBI ha dedicado gran parte de su tiempo a estudiar esta cuestión debido a que cada vez más a menudo veían casos de violencia hacia animales. Lo que en realidad más les preocupaba era que las denuncias por maltrato a animales fueran consideradas de poca gravedad, planteando que luchar contra la violencia hacia los animales supondría un pro para luchar también contra la violencia hacia las personas. Así, el agente del FBI Allan Brantley, en su informe *La conexión entre maltrato animal y los asesinos seriales*, expone que los niños que durante su infancia maltratan a animales pueden estar sufriendo abusos por sus progenitores o por alguna otra persona, aunque normalmente es por parte de los primeros.

Las víctimas o testigos de violencia hacia animales tienden a hablar sobre el tema que cuando es hacia las personas y, por tanto, si hacen saber de esta situación podemos llegar a la raíz del problema. Brantley sostiene que la violencia es siempre violencia y que, si a alguna persona no le importa ejercerla contra animales, no sentirá empatía hacia ningún tipo de ser vivo (incluyendo a los seres humanos). Brantley recoge que el sistema judicial al tener una sobrecarga de trabajo y no poder dar la importancia que se merece a todos los delitos puede dejar pasar por alto este tipo de actuaciones que en realidad pueden degenerar en algo mucho más grave.

Según Ressler et al. (2005), que dedican gran parte de su tiempo a la elaboración de perfiles de asesinos en serie, los asesinos seriales comienzan en muchas ocasiones matando y/o torturando animales. El FBI pone como ejemplo que en los historiales de violadores o asesinos seriales regularmente aparecen antecedentes de crueldad con animales. Ya Mead (1964) sostuvo que una de las peores cosas que le puede suceder a un niño es que tenga gusto por matar o torturar animales y no poder impedirlo.

ENTREVISTAS ENTRE ROBERT RESSLER Y JEFFREY DAHMER (Ressler, 2014, pp. 141-142)	DIÁLOGO
Robert Ressler	<i>He oído hablar de tu interés por disecciones animales y cosas por el estilo. ¿Cuándo empezó esa afición?</i>
Jeffrey Dahmer	<i>A los quince o dieciséis años. Iba por temporadas.</i>
Robert Ressler	<i>¿Cómo describirías tu fascinación por la desmembración de animales?</i>

Jeffrey Dahmer	<i>Pues... uno fue un perro grande que encontré. Iba a separar la carne, blanquear los huesos y venderlo. Pero no lo hice. No sé cómo empecé a meterme en esto... es una afición un poco rara.</i>
Robert Ressler	<i>Sí lo es, sí.</i>

Beirne en el año 2016 publicó un artículo titulado *¿Hay progresión desde el abuso a animales hasta la violencia interhumana?*, en el que trata este tema sin tapujos. Aunque no existe un estudio longitudinal los niños abusivos son más propensos a tener anomalías o alteraciones mentales, y estos a veces sufren trastornos múltiples de personalidad y desórdenes de disociación, tomando en consideraron lo dicho por la Asociación Americana de Psiquiatría (APA), según la cual la crueldad hacia animales constituye un criterio diagnóstico para la conducta desorganizada.

Según Beirne, es insuficiente la explicación de la progresión de la violencia hacia animales y una futura violencia interhumana, preguntándose por qué la mayoría de este tipo de niños (abusivos) son varones. Después de haber hablado ya del proceso de socialización y otros posibles factores influyentes, este autor hace referencia a que los jóvenes violentos imitan la violencia que ejercen sus padres sobre sus madres o hermanas. Para Beirne esto sigue sin valer para aceptar esta progresión, a pesar de la demostración de que estos niños o jóvenes tienden a tener problemas psicológicos y a cometer mayor número de actos antisociales. La segunda proposición que realiza el autor se basaría en que aquellos que actúan violentamente hacia humanos suelen tener antecedentes de violencia hacia animales en su niñez.

Beirne (2016) hace referencia a numerosos estudios de diferentes autores, por ejemplo, al de Deborah Schurman-Kau, quien mediante entrevistas a fondo con siete asesinas seriales pudo observar que todas ellas habían padecido abuso, abandono e inestabilidad durante la niñez, y todas ellas habían torturado a animales (la mayoría a gatos); o el estudio de Jeremy Wright y Christopher Hanley, quienes estudiaron las situaciones sociales de asesinos seriales, y de la muestra de 354 asesinos seriales condenados que escogieron, el 21% de ellos había cometido actos de crueldad animal. Aún así, las posibles generalizaciones que puede haber sobre si los asesinos en serie

tienden a ejercer violencia contra animales o no, son vulnerables a casos contrafactuales. Además, añade una anécdota sobre una amiga suya para explicar esto, en la que cuenta que su amiga cuando era pequeña había estado muy fascinada con la muerte, y de vuelta al colegio recogía animales muertos como ranas, lagartijas o pájaros para cuando llegara a casa ponerlos en tarros o frascos con formaldehído⁸. Eso no hace de ella una asesina serial o una futura asesina serial, es lo que quiere dejar claro el autor.

Por tanto, podemos decir que la crueldad hacia los animales, así como la violencia parental en la niñez, el aislamiento social, etc., es un posible factor de alarma en el desarrollo personal y social del niño, pudiéndose convertir en una persona más peligrosa en un futuro, incluso en un asesino serial, lo que no quita que pueda ser una persona adulta corriente con una adecuada socialización, afecto de los padres y una vida relativamente normal, por mucho que haya ejercido violencia hacia los animales durante la niñez.

⁸ El formaldehído es un compuesto químico que en la actualidad se utiliza para la conservación de muestras biológicas y cadáveres frescos, entre otras muchas funciones.

4.- TEORÍAS Y MODELOS PSICOLÓGICO-CRIMINOLÓGICOS

Para explicar todas las teorías y modelos voy a hacer uso –principalmente- del *Manual del asesinato en serie* de Alcaraz (2014), haciendo uso también de los artículos o libros de los propios autores.

4.1.- Teorías del conflicto social

Las teorías sobre el conflicto social exponen los mecanismos sociales producidos por los grandes grupos sociales que definen las conductas consideradas delictivas. Estas teorías intentan acabar con la delincuencia alterando los organismos relacionados con este fenómeno. El factor fundamental que influye en la comisión de crímenes es que la sociedad, al crear normas, hace que coincidan con los estratos más bajos de la misma, produciéndose un enquistamiento de ciertos grupos que carecen de los medios económicos o sociales necesarios (Alcaraz, 2014).

Las dos teorías centradas en la creación de normas y en la reacción social que sigue a estas son la de la desubicación cultural de Leyton y la teoría feminista del asesinato serial de Cameron y Frazer. La primera teoría sostiene que los AS suelen aparecer en épocas inestables, tanto en sentido económico como cultural. Leyton (2005) afirma que estos individuos suelen crecer en hogares inestables donde a menudo sufren malos tratos o son abandonados. Estos niños buscan soluciones mediante fantasías, las cuales son abordadas mediante violencia para hacerlas realidad. Los factores explicativos de esta teoría son que los AS aparecen en épocas de desubicación cultural y que proceden de familias disfuncionales. La segunda teoría, la feminista de Cameron y Frazer (1987), habla de que el asesinato en serie, que incluye el asesinato sexual, no es una perversión de impulsos sexuales masculinos, sino que tiene como finalidad el ejercicio de control sobre la mujer. Lo que quiere decir esta teoría es que los asesinos seriales son siempre varones y que no son vistos como perversos sino como algo normal en el hombre, ya que la violación es la esencia misma del macho.

Estas teorías tienen numerosos detractores debido a que, en primer lugar, ha

habido asesinas seriales, y en segundo lugar, a que no solo ocurre en épocas de inestabilidad económica, cultural o social.

4.2.- Teorías de las influencias sociales

Dentro de estas teorías se integran el modelo de motivaciones de Burgess, Hartman, Ressler, Douglas y McCormack y el modelo trauma-control de Hickey. Ambas se basan en que la delincuencia es resultado o consecuencia de una desestructuración y funcionamiento social quebrado, habiendo grandes desigualdades sociales.

4.2.1.- Modelo de motivaciones de Burgess, Hartman, Ressler, Douglas y McCormack

Este modelo derivó de un estudio de campo sobre 36 asesinos seriales en el que los autores pudieron concluir que había cinco componentes en todos los asesinos: un entorno social ineficaz, eventos formativos, patrón de respuestas, acciones hacia los demás y filtro de retroalimentación (Burgess, Hartman, Ressler, Douglas & McCormack, 1986).

El *entorno social ineficaz* hace referencia a un pobre proceso de socialización durante la infancia del asesino. Se estudiaron las relaciones del menor con su familia y se concluyó que si el entorno familiar y social es ineficaz, las personas no desarrollan como se deben los vínculos sociales esenciales. Son los agentes primarios, como la familia, los que mediante su falta de cuidado y desconsideración inculcan valores y comportamientos antisociales en el niño.

En cuanto a los *eventos formativos*, estos autores explican que las personas en la infancia nos enfrentamos a acontecimientos tanto normativos como no normativos, siendo los primeros los que se ajustan a la ley y los segundos los que no lo hacen. Un entorno social ineficaz en este caso podría generar tensiones provocadas por una serie de sucesos no normativos, que podrían derivar en traumas y provocar que el niño no pueda recuperarse de forma eficaz. Burgess et al. (1986) sostienen que el abuso sexual y

físico ejercido por los padres hacia el infante puede alterar la percepción de este último sobre las relaciones interpersonales.

El tercer componente en el modelo motivacional es el *patrón de respuestas*, donde los autores distinguen dos categorías: rasgos personales y mapa cognitivo. En cuanto a los rasgos personales, se observó la prevalencia de rasgos personales negativos frente a los positivos que suele tener un niño corriente (como calor y confianza que les ayudan a interactuar con los de su alrededor). Los rasgos que se observaron en los asesinos estudiados fueron aislamiento social, agresividad, manipulación y mentira, entre otros. Por otro lado, con mapa cognitivo los autores se refieren a la estructura y desarrollo de los patrones de comportamiento que regulan la vida interna. Este sería el proceso según el cual el individuo entiende el mundo y se comporta con él, es decir, su interacción con él.

El cuarto componente, las *acciones hacia los demás* tiene mucho que ver con el anterior, ya que sería la vida interna la que determinaría sus patrones de conducta con el resto. Se detectaron comportamientos de la infancia de estos asesinos seriales que compartían todos, tales como crueldad con los animales, con los niños de su edad, asesinato, etc.

Por último, el *filtro de retroalimentación* sería el proceso por el cual el individuo va analizando sus conductas y adecua estas para que satisfagan la fantasía interna, de tal manera que transforman las conductas anormales en normales.

4.2.2.- Modelo de trauma-control de Hickey

Hickey (1996), quien se dedica a conocer el proceso por el que una persona acaba cometiendo un asesinato serial, se centra en el trauma y la fantasía. Los factores predisponentes que mencionaba al principio son importantes para este autor, aunque dice que no influyen en el proceso de creación de un asesino serial.

Hickey define trauma como un suceso que ocurre durante la vida de los asesinos en serie que le desestabiliza. Hace mucho hincapié en los traumas infantiles que tienden

a producir rechazo hacia uno mismo, baja autoestima, inadaptación, etc. Lo que les produce estos traumas infantiles a los AS es que no sepan afrontar determinadas situaciones vitales ni actuar con los de su entorno, respondiendo con la inadaptación. Como sostienen otros muchos autores (Hickey, 1996; Borrás, 2002; Jiménez, 2014; entre otros) que han estudiado el asesinato serial, la pornografía y drogas lo facilitan. La fantasía creada a raíz del trauma tiene un papel esencial en este modelo, ya que el individuo es consumido por esta fantasía violenta y por los deseos internos que tiene, hasta que la hace realidad. El asesinato, la tortura y la violación de la víctima son los actos recurrentes. El control sobre la víctima es un mecanismo de defensa que el asesino en serie utiliza frente al trauma vivido.

4.3.- Teorías de las predisposiciones agresivas

Las teorías sobre las predisposiciones agresivas más vinculantes son la tríada neuropsicológica de Pincus y Lewis y los estudios de neuroimagen de Raine.

4.3.1.- La tríada neuropsicológica de Pincus y Lewis

Esta teoría elaborada por Pincus y Lewis (2001) refiere que todos los AS comparten tres variables: maltrato infantil, lesiones neurológicas y enfermedades psiquiátricas. En cuanto al maltrato infantil Pincus y Lewis observan que en muchos casos comienza en el útero materno, y esto se da en casos en los que la madre consume drogas o incluso tiene sífilis, lo que puede producir daños en el cerebro del feto que dificulten su desarrollo. Es cierto que aunque en muchos casos el maltrato infantil no produce criminales violentos, en otros casos sí que lo hace y tiene consecuencias psicológicas terribles para ellos y conlleva una peligrosidad social.

Pincus añade que hay características personales que son aprendidas, tales como la moral y la empatía, y si no se lleva a cabo una adecuada socialización es muy difícil que estas se aprendan correctamente, y lo más seguro es que se carezca de ellas. En cuanto a las lesiones neurológicas, se toman en cuenta los daños producidos en el lóbulo frontal del cerebro, unas lesiones que desinhiben los deseos e instintos primarios. De

acuerdo con Hickey (1996), Pincus y Lewis (2001) mencionan que la pornografía y las drogas se consideran factores influyentes en este tipo de lesiones y pueden incluso agravarlas. Las enfermedades psiquiátricas también son habituales en los AS, sobre todo la psicosis. Estos autores observan la incidencia de los tres factores en todos los asesinos estudiados por ellos.

4.3.2.- Los estudios de neuroimagen de Raine

Estos estudios se centran en estudiar la veracidad de las hipótesis propuestas anteriormente, como que la violencia se relacionaba con lesiones en la región frontal o que en la agresión estaban implicadas ciertas zonas del cerebro como la amígdala, el hipotálamo, la sustancia gris, etc.

Raine hizo un experimento para saber si estas hipótesis se cumplían, escaneando cuarenta y un cerebros de asesinos en comparación con el grupo control, compuesto por otros cuarenta y un cerebros escaneados de personas normales. La gran diferencia que se vio entre ambos grupos fue en la corteza prefrontal del cerebro, teniendo las personas normales mucha actividad en ella y los asesinos muy poca (Alcaraz, 2014).

No ha sido el único estudio que ha realizado al respecto. Alcázar-Corcóles, Verdejo-García, Bouso-Saiz y Bezos-Saldaña (2010) sostienen que la clasificación más extendida de la conducta agresiva es la de premeditada (yendo unida esta a los asesinos organizados) y la impulsiva (propia de los desorganizados). El asesinato instrumental o premeditado sería el cometido “a sangre fría”, y el reactivo o impulsivo “a sangre caliente”. Raine, junto con otros autores citados en este artículo de Alcázar et al. llevó a cabo un estudio con dos grupos de asesinos: unos que habían cometido asesinatos premeditados y otros impulsivos. Se observó que la corteza prefrontal de los asesinos impulsivos tenía tasas de actividad bastante bajas, frente a los otros, los asesinos depredadores, que tenían un funcionamiento bueno, lo que les permitiría controlar su comportamiento para llevar a cabo sus fines criminales previstos.

4.4.- Tríada de McDonald

La tríada de McDonald (1963) está integrada por ciertas características que compartirían todos estos asesinos: la crueldad hacia los animales, la enuresis⁹ y la obsesión por el fuego.

La crueldad hacia los animales no solo es sostenida como factor predisponente por McDonald, sino que en el informe del FBI titulado *La conexión entre el maltrato animal y los asesinos seriales* ya se sustentaba que “el abuso hacia los animales puede indicar que existe un problema de abuso hacia el niño mismo por parte de otros adultos y que puede estar graduando esa violencia para utilizarla hacia las personas” (Brantley, p. 2). McDonald realizó numerosos estudios donde encontró que el 56% de los AS había maltratado a animales en su infancia, así como una correlación positiva entre abuso y maltrato parental y abuso hacia animales.

La obsesión por el fuego, desde la literatura científica, ha sido considerada en el niño como un síntoma del patrón del comportamiento antisocial, y que va íntimamente relacionado con la violencia hacia los animales.

Por último, la enuresis es el tercer elemento de la tríada de McDonald, aunque esta característica ha sido desechada como desencadenante de conductas violentas porque no se ha demostrado empíricamente. Por tanto, no puede ser considerado como factor predictivo de conductas violentas en la vida adulta, aunque McDonald lo sostenga así. De todos modos, esta tríada ha sido de gran interés científico en cuanto a postulados sobre la serialidad criminal.

4.5.- Modelo de diátesis-estrés

El modelo de diátesis-estrés se engloba dentro de las teorías de interacción, las cuales

⁹ La enuresis es el acto involuntario de orinarse. Tiene que producirse 2 o más veces por semana y ocurrir durante un mínimo de 3 meses.

son de carácter ecléctico, ya que toman de todas las anteriores mencionadas ciertos aspectos y las amplían, relacionando la delincuencia de los asesinos seriales con distintos aspectos a nivel social, personal e incluso económico. Este modelo fue elaborado por Giannangelo (1996) y lo divide en tres etapas: los fundamentos de patología, la ruta de los factores de estrés y desarrollo del primer asesinato y, por último, el ciclo obsesivo-compulsivo ritualista.

La primera etapa combina la predisposición genética con la social, lo que el autor denomina diátesis-estrés. El asesino serial vive traumas en la niñez que llevan a una pérdida de autoestima y frustración en la intimidad, y son estos caracteres de la personalidad los que le llevan a tener problemas sexuales, sirviendo como excusa para evadirse a su mundo de fantasías. Es verdad que entre cada crimen se produce un período de reflexión, durante el cual decide volver a delinquir, presentando sentimientos de tensión antes de cometerlo y de satisfacción después.

En la segunda etapa se produce la pérdida de contacto del asesino con los demás, refugiándose en su propio mundo y expresando sus frustraciones a través de los crímenes, empezando su carrera criminal en esta fase. Este retiro a su propio mundo interior es consecuencia directa de una vaga adaptación social, liberando su estrés y frustración producido en la interacción con los demás mediante conductas y hábitos inaceptables y antisociales. El primer asesinato le introduce en un ciclo obsesivo del que no puede salir.

Durante la tercera etapa, la del ciclo obsesivo-compulsivo ritualista, es cuando el asesinato se convierte en una adicción frente a la gratificación que le produce este. Entre los asesinatos se da un período de enfriamiento hasta que se vuelve a sentir las ansias de matar y el ciclo se retroalimenta, entrando en un círculo vicioso. Esa gratificación que el asesino serial siente es momentánea, ya que pronto volverá a sentir los síntomas del síndrome de abstinencia, volviendo a tener ganas de consumir otro asesinato. Esta formulación también podría estar recogida -por su alta correlación- con las teorías del apartado siguiente, las teorías de la adicción a la violencia (Giannangelo, 1996).

4.6.- Adicción a la violencia

Alcaraz (2014) hace referencia a una nueva teoría propuesta por la Criminología, que es la teoría plurifactorial del ciclo obsesivo-compulsivo adictivo del asesinato en serie. Esta teoría la dividiríamos en cuatro etapas. La primera de ellas sería la etapa de trauma, donde se destacarían los periodos históricos inestables, el maltrato y abuso (físico, sexual y psicológico), un entorno social inadecuado, la crueldad hacia los animales, lesiones neurológicas, disfunciones sexuales, antecedentes penales, agresividad y acecho. Es verdad que aunque los asesinos en serie presentan algunas de estas características, no tienen por qué presentar todas. La segunda etapa es la de creación de fantasías ritualizadas, donde se encuentra abuso de drogas, pornografía e incluso actuaciones parafilicas como necrofilia y canibalismo, y un proceso disociativo de identidad. En la tercera etapa, la de estrés, se observa el libre albedrío para cometer crímenes, la motivación por ello y un acontecimiento desestabilizador (donde comienza a matar). Por último, la cuarta etapa, que sería la del ciclo obsesivo-compulsivo adictivo, supone la retroalimentación de las fantasías experimentadas tras los crímenes, lo que produce un ciclo de adicción al asesinato.



Las teorías de la adicción a la violencia han sido recogidas a lo largo de los años (Hodge,1992; Garrido, 1994), sosteniéndose acerca de ellas que los asesinos en serie sufren un proceso de adicción al crimen y que ello está relacionado con el constructo de

psicopatía. Los psicópatas, en este caso, presentarían los síntomas asociados a cualquier tipo de adicción, como aquellos que son adictos a sustancias tóxicas o no tóxicas. La experiencia de matar es buscada reiteradamente y de forma compulsiva en un intento de satisfacer sus fantasías. En muchos casos se puede producir una especie de tolerancia a la sensación de bienestar experimentada tras la comisión del crimen, lo que lleva a que el lapso entre un crimen y otro vaya siendo cada vez menor (Garrido, Redondo, y Stangeland, 2001).

Esta teoría de la adicción a la violencia planteada inicialmente por Hodge (1992) habla de cómo un crimen en un primer momento puede ser cometido por azar o impulsado el sujeto por su fantasía, pero sin deseos concretos de cometer dichos actos. La comisión del delito supone una satisfacción que produce que el victimario quiera seguir cometiendo crímenes cada vez con más ansia. Hodge -nombrado en Garrido (1994)- relaciona esta conducta adictiva no tóxica con ciertas personalidades antisociales, incluyendo dentro de estas la del asesino serial.

El proceso adictivo a la violencia tiene un papel fundamental en la conducta criminal de los asesinos seriales y en la delincuencia sexual que muchas veces estos llevan a cabo. Garrido menciona a otro autor, Greswell, quien realizó un proyecto con asesinos múltiples (entre los cuales había asesinos en serie) y con delincuentes sexuales. Una de las conclusiones fue la de que todos ellos pasaban por un proceso adictivo de conductas criminales y las fantasías que creaban en base a estas. En cuanto a aquellos diagnosticados de trastornos parafilicos, Carnes (1983) señala los indicadores que harían suponer la dependencia o adicción sexual que serían: la preocupación por el sexo, la ritualización, la compulsión sexual, el sexo como búsqueda de alivio, la falta de empatía durante las actividades sexuales, la vergüenza, la tolerancia y la negación.

Skrapec (2000) también realizó un estudio con asesinos en serie, pudiendo vislumbrar características propias de una adicción, así como una euforia al cometer la conducta adictiva. Este mismo autor pudo observar cómo después de exteriorizar la violencia, los AS vivían una situación de alivio, tranquilidad y satisfacción. Muchos de ellos contaban que estos sentimientos después de exteriorizar la violencia duraban poco, y cada vez menos, teniendo que matar otra vez y comenzando de nuevo el proceso. Muchos de ellos se refugiaban en drogas o fantasías para sobrellevar el nuevo estado de

intranquilidad que surgía tras la efímera satisfacción y gratificación obtenida tras el crimen (Villarejo, 2012).

5.- PSICOPATOLOGÍA

En el fenómeno de los asesinos seriales la psicopatología que les lleva a cometer sus crímenes ha sido muy estudiada. Como ya he comentado en la introducción, anteriormente se consideraba que los hechos delictivos especialmente crueles eran promovidos por el diablo (Macía, 2011).

Posteriormente, se avanza pensando que los asesinos en serie son enfermos mentales, locos, aunque no es así en la mayoría de los casos. Es Krafft-Ebing quien en 1894 pasa a estudiar las perversiones sexuales, en concreto a Verzeni, un asesino que en un periodo de cuatro años mató a varias jóvenes. Krafft-Ebing (1894) constató que Verzeni había matado por un móvil sexual, premeditando todos sus asesinatos, lo que excluía un estado de locura mental.

La tarea de entrevistar a los asesinos en serie emprendida por Ressler y colaboradores no fue nada fácil, ya que en numerosas ocasiones se encontraban en situaciones amenazantes y peligrosas, tratando asuntos muy delicados. Hay una anécdota que aconteció durante una de las entrevistas que llevó a cabo Robert Ressler con Edmund Kemper. Ressler et al. (2005) cuenta que “ese día estaba muy contento por la buena relación que había logrado con Kemper y porque tenía por fin una entrevista con él, a solas. Ese día la entrevista fue en una celda situada fuera del corredor de la muerte. (...) Tras cuatro horas de entrevista pulsé el botón para avisar al guardia que me dejara salir. No apareció nadie así que seguí la conversación. La mayoría de los asesinos en serie son personas solitarias pero les gusta todo lo que alivie el aburrimiento de la cárcel, como mis visitas. (...) Después de unos minutos más volví a tocar el botón, sin respuesta. Quince minutos después de la segunda vez, todavía sin respuesta. Debió de pasar una expresión de miedo por mi cara, a pesar de intentar mantener la calma, Kemper la detectó. ”Tranquilo. Están cambiando de turno y dando la comida a los que están en las zonas de seguridad. Puede que tarden quince o veinte minutos en venir a por ti” me dijo. ”Si ahora se me cruzaran los cables, ¿no te parece que lo pasarías mal? Te podría arrancar la cabeza y ponerla sobre la mesa para que el guardia la viera al entrar”. Mi cabeza daba mil vueltas. Sabía que tenía razón. Unos minutos después le dije ”Ed, no me digas que crees que vendría aquí sin tener algún modo de defenderme”.

”No me jodas Ressler, aquí no te dejarían entrar con armas” dijo él. Gané tiempo con la conversación. Hablamos un rato sobre las artes marciales, que muchos presos aprenden para poder defenderse, hasta que finalmente apareció un guardia y abrió la puerta. Cuando Kemper se dispuso a salir con el guardia me puso la mano en el hombro y dijo “¿Sabes que sólo estaba bromeando, verdad?”. ”Por supuesto” dije, soltando un gran suspiro. (Ressler et al., 2005, pp. 83- 85).

El estudio realizado por el FBI estuvo respaldado por otros numerosos estudios de universidades, centros psiquiátricos y hospitales. Fue de este modo como se investigó profundamente la psicopatología de los AS (Rámila, 2011), habiendo algunos con trastornos psicóticos (siendo la esquizofrenia paranoide la más habitual), y otros diagnosticados de psicopatía y/o trastorno antisocial de la personalidad (Ressler et al., 1992; Cuquerella, 2004; Ressler et al., 2005; Amenabar, 2015).

Es importante mencionar que para el estudio de la relación entre trastorno mental y delincuencia hay un inconveniente enorme: la existencia de una muestra muy acotada, es decir, la de aquellos que se encuentran ya en un centro penitenciario; y esta privación de libertad muchas veces favorece la aparición de ciertos trastornos mentales, como observan Luberto, Zavatti y Gualandri (1997). A este respecto, Laajasalo y Häkkänen (2006) señalaron que aunque el porcentaje de personas con trastornos psicóticos dentro de la cárcel no es más alto que el de quienes están en libertad, los que se encuentran internos suelen ser más violentos que los otros. Aun así, y teniendo en cuenta todo esto, hay que recordar que no solo la psicopatología influye en los asesinatos seriales sino que, como Skrapec (2000) señala, hay que conocer acontecimientos o experiencias fundamentales de sus vidas y cómo les han afectado, y la posible relación con sus conductas criminales. Dentro de los asesinos seriales, como acabo de mencionar citando a Amenabar, podemos encontrar psicopatologías relacionadas con trastornos de personalidad o con trastornos psicóticos. Dentro de estos también encontramos a criminales atormentados por trastornos parafilicos, que en muchos casos les llevan a asesinar.

Respecto a la tipología aportada por el FBI en la década de los 90 se clasifica a los asesinos en serie diagnosticados de psicopatía como asesinos organizados, mientras

que aquellos con un trastorno psicótico son denominados asesinos desorganizados (Ressler et al., 2005).

5.1.- Asesinos en serie psicópatas versus psicóticos

Siguiendo la tipología de Ressler y Douglas que clasifica a los asesinos seriales en organizados y desorganizados, se distingue a ambos en base a la escena del crimen, el modus operandi, las víctimas seleccionadas, etc. Cuquerella (2004) explica cómo está íntimamente relacionada la psicopatología con la elaboración del perfil criminal que posteriormente explicaré. Existen características del asesino organizado que se relacionan con la personalidad psicopática, y características del asesino desorganizado que vienen determinadas por las consecuencias o síntomas de los trastornos psicóticos, más en concreto de la esquizofrenia. No hay que olvidar que aparte de los asesinos organizados y desorganizados, nos encontramos a los asesinos mixtos, los cuales llevan a cabo conductas pertenecientes a ambos tipos de asesinos en serie.

En primer lugar, voy a hablar de los asesinos en serie organizados, centrándome en la psicopatía. La psicopatía, tal y como sostiene Hare (1991), es un trastorno de la personalidad caracterizado por características personales y sociales como impulsividad, falta de remordimientos, manipulación, búsqueda de emociones, carencia de empatía, etc.

Los mayores estudios de la psicopatía y los más trascendentes los han llevado a cabo Hervey Cleckley y Robert D. Hare. Lo que han realizado estos autores y profesionales de la psiquiatría han sido postulados orientados al diagnóstico de la psicopatía o de la personalidad psicopática. Cleckley (1988) infirió que la “demencia semántica” era la característica esencial de la psicopatía, una demencia consistente en la presencia de un lenguaje superficial, lo que conlleva en el sujeto que, aunque utilice ciertas palabras convencido de que las comprende, en realidad no lo hace, pues las utiliza para su propio bien. En relación a esto mismo, Cleckley contempla cómo el pensamiento del psicópata funciona con perfecta lógica y, en cambio, su lenguaje es empleado sin la comprensión necesaria, es decir, sin entender del todo lo que está diciendo, ya que falla la integración de la emoción en relación a sus palabras; “sus

frases son poco más que reflejos verbales, y hasta sus expresiones faciales carecen de contenido emocional” (Cleckley, 1988, p. 351).

Los psicópatas son incapaces de mostrar emotividad respecto a las emociones de los otros, lo que se traduce en falta de empatía, mostrando un interés nulo por las tragedias o alegrías que otros puedan sentir. Su inteligencia se traduciría en un cociente intelectual (CI) normal o superior a la media, pero de inteligencia emocional empobrecida y motivaciones inadecuadas y antisociales, lo que suele llevar a traducirse en comportamientos antisociales hacia las personas o animales. Cleckley llevó a cabo una descripción de las características psicopáticas en torno a 16 items (citado en Cuquerella, Subirana & Mohino, 2003): encanto superficial e inteligencia normal, ausencia de delirios o pensamiento irracional, ausencia de nerviosismo y manifestaciones psico-neuróticas, informalidad, falsedad e insinceridad, incapacidad de experimentar remordimiento o vergüenza, conducta antisocial irracional, falta de juicio y dificultad para aprender de la experiencia, egocentrismo patológico e incapacidad de amar, pobreza en las relaciones afectivas, pérdida específica de la intuición, poca respuesta a las relaciones interpersonales, conducta desagradable y exagerada (a veces con consumo exagerado de alcohol), amenazas de suicidio no consumadas, vida sexual impersonal, frívola y poco estable y dificultad para seguir cualquier plan de vida.

Los criterios que Cleckley ha aportado al mundo de la psicopatía han sido de gran utilidad para posteriores estudios; y uno de estos es el instrumento desarrollado para la evaluación de psicopatía propuesto en 1970 por Robert D. Hare, y revisado posteriormente por este mismo autor en 1991, denominándolo PCL-R o Escala de Calificación de la Psicopatía Revisada.

Robert D. Hare aportó una nueva definición de la psicopatía retomando las características que ofreció Cleckley, señalando que los psicópatas tienen un encanto superficial que emplean para engañar o manipular a las otras personas para su propio bien o necesidad. De acuerdo con Cleckley, afirma que los psicópatas carecen de conciencia y sentimientos hacia las demás personas, y hacen lo que quieren cuando quieren, violando las normas sociales sin sentimiento de culpa o vergüenza, y cuando hacen algo bueno para alguien siempre es con intención de conseguir algo para su propia satisfacción. Por tanto, tanto Hare como Cleckley señalan que los psicópatas

carecen de empatía en las relaciones interpersonales. Es importante resaltar en este aspecto una frase de Hare cuando sostiene que “el psicópata está ausente de las cualidades esenciales que permiten a los seres humanos vivir en sociedad” (Hare, Cooke & Hart, 1999, pp. 2-3). Según Hare, los psicópatas únicamente son leales a sí mismos, moviéndose únicamente por interés propio. La necesidad de algún estímulo les suele llevar a correr riesgos inesperados y sin planificación, siendo asociales -que no antisociales-. Su estilo de vida se caracteriza por ser impulsivo, inestable, oportunista e irresponsable.

Los asesinos en serie psicópatas, según Rámila (2011), son más peligrosos que aquellos con esquizofrenia, ya que son personas perfectamente adaptadas socialmente. Esta autora hace referencia a una cuestión muy importante al respecto: los psicópatas no son enfermos mentales. Esto es así debido a que un psicópata asesino en serie sabe distinguir perfectamente lo que está bien de lo que no, optando por hacer el mal con libre albedrío. En cambio, los psicóticos se caracterizan por una distorsión de la realidad, no pudiendo distinguir lo que está prohibido de lo que no.

Hay que destacar que no todos los psicópatas lo son en la misma medida, y ni siquiera todos acaban cometiendo crímenes. Mucho menos crímenes seriales. Según sostiene Otín (2009), ni todos los delincuentes son psicópatas, ni todos los psicópatas acaban siendo delincuentes. Esto último lo explica de la siguiente manera: los psicópatas tienen características de la personalidad que les llevan a cometer actos antisociales, pero no todos lo hacen ya que muchos son capaces de luchar contra esto y reprimirlo. Garrido (2003) afirma que los psicópatas consiguen adaptarse perfectamente a la sociedad -con quienes hace un paralelismo entre ellos y el camaleón que se adapta al entorno en el que esté- son aquellos con un grado de psicopatía bajo o medio. Además, los psicópatas no tienen por qué ser criminales violentos, y con esto hace referencia a aquellos que cometen delitos de cuello blanco. Estos psicópatas no necesitan de la violencia para satisfacer sus necesidades, pero en cambio sí que engañan y manipulan para conseguir sus objetivos (Otín, 2009). Cleckley, citado en Cuquerella et al. (2003) intentó desmitificar que las personalidades psicopáticas se encontraban entre las paredes de centros penitenciarios, sino que en muchas ocasiones estas personalidades pertenecen a personas de altos cargos sociales y respetados. De hecho, la

mayoría de estas personas no delinquen sino que cometen pequeñas transgresiones de la ley, no llegando a cometer grandes crímenes.

Rámila (2011) recoge en su obra un estudio realizado por la OMS en 2003 donde se señalaba que el 20% de la población en España tenía cierto grado de psicopatía. Tres años antes de esto, en el 2000, había realizado otro estudio sobre la población estadounidense donde se calculó que residían dos millones de psicópatas en el país, perteneciendo 100.000 de ellos a la ciudad de Nueva York.

Y, ¿cuáles son las principales características de los psicópatas? Muñoz (2011), siguiendo a Cleckley y Hare, divide los desajustes psicológicos sufridos por los psicópatas en base a la esfera de la personalidad que afecte, distinguiendo cuatro: la cognición, la afectividad, la actividad interpersonal y el estilo de vida. En cuanto a la esfera cognitiva, los psicópatas tienen esquemas mentales diferentes al resto, y estos se desarrollan durante la etapa de socialización, donde se va forjando nuestra personalidad. Los psicópatas tienen una visión egocéntrica del mundo, lo que plasman mediante la búsqueda de sensaciones nuevas y satisfacciones propias, no importándoles las de los demás; una sensación grandiosa de autovalía, representada por una sensación de omnipotencia y de egocentrismo; y una percepción hostil del medio, ya que siempre tienden a la desconfianza hacia los demás, ya que para los psicópatas la confianza es sinónimo de debilidad o ingenuidad (Collazos, 2006; Muñoz, 2010; Muñoz, 2011; Vaca & Dzib, 2012). En la esfera afectiva, la cual hace referencia a la parte biológica o heredada de la personalidad, los psicópatas sufren disfunciones afectivas que se traducen en inadecuado manejo de la ira, una clara falta de empatía y ausencia de remordimientos por sus conductas (Muñoz, 2011). Dentro de la actividad interpersonal el psicópata se caracteriza por el afán de una relación de poder y control sobre los demás, y más en concreto sobre sus víctimas; y por el deseo de conseguir sus propios objetivos. Por último, el estilo de vida que -a pesar de la planificación de sus crímenes- estaría caracterizado por una fuerte impulsividad, lo que no se traduce en actuar sin pensar las cosas, sino en una tendencia a una vida parasitaria y falta de involucración en actividades que no le aporten un placer inmediato (Muñoz, 2011). Por tanto, esto va íntimamente ligado con otra de sus características como es la necesidad de estímulos y tendencia al aburrimiento. Además, los psicópatas son irresponsables, ya que no asumen

compromisos para con los demás ni desarrollan sus obligaciones (Cleckley, 1988; Hare, 1991).

Tal y como señala Rámila (2011) los psicópatas son manipuladores y mentirosos, sirviéndose de estas características para llevar a cabo su forma de vida y conseguir lo que quieren. Por ejemplo, Ressler et al. (2005) entrevistaron a John Wayne Gacy, uno de los asesinos en serie más conocidos. Gacy era un reconocido miembro en su comunidad que trabajaba de empresario en el mundo de la construcción y también como payaso en fiestas para niños. Este hombre asesinó a 28 hombres. Invitaba a jóvenes hombres con la idea de ofrecerles un trabajo o bien para consumir relaciones sexuales remuneradas. Luego, una vez en su casa, los mataba cruelmente y enterraba debajo de la casa. En la citada entrevista con Robert Ressler, Gacy negó todo los hechos, aun habiéndose hallado todos los cadáveres enterrados bajo la casa. También negaba que le gustaran los hombres, excusándose en que se relacionaba con hombres porque no tenía tiempo para seducir a mujeres. ¿Por qué esas mentiras? Rámila, en su obra *Depredadores Humanos*, sostiene que estas mentiras se deben no solo a la compulsividad de mentir, sino a la insatisfacción con su propia vida. Esto pasa en muchas ocasiones a todo el mundo, pero en el caso de los psicópatas esto les produce una frustración exagerada. Por tanto, estos asesinos en serie quieren convertirse en otra persona, modelar su vida. Buscan transformar la realidad mediante el asesinato.

Como he comentado antes citando a Cuquerella (2004), la personalidad psicopática se correlaciona y corresponde con su manera de actuar en los crímenes. El modus operandi del asesino en serie organizado es dinámico, aprendido y variable a lo largo del tiempo, ya que el autor del crimen va aprendiendo de la experiencia y perfeccionando su técnica para que a la policía se le haga más difícil su captura. La firma, que hace referencia a todos los comportamientos no necesarios en el crimen, suele ser constante e identifica al autor, por ejemplo, con una forma concreta de matar, unas lesiones a las víctimas similares, actividades sexuales repetidas, etc. En ocasiones, los asesinos seriales se llevan trofeos de sus víctimas para jactarse de los crímenes cometidos, lo cual está relacionado con su falta de empatía y de remordimientos (Luengo & Carrillo, 1995; Garrido, 2003; Rodríguez & González, 2014). El asesino en serie psicópata siempre tiene un estado mental controlado, pero durante la comisión del crimen habitualmente surgen sentimientos de rabia, ira y descarga emocional plasmada

sobre la víctima, por la cual no siente empatía ni arrepentimiento, ni mucho menos culpabilidad (Cuquerella, 2004).

Los asesinos organizados suelen trasladar el cuerpo de la víctima desde la escena del crimen a otro sitio, a veces siendo algún lugar de la vía pública a la vista de cualquiera. Muchas veces realizan esta acción y otras como signo de burla hacia la policía, respecto a la cual se creen seres superiores y más inteligentes (Antuña & Rodríguez, 2007).

Según el FBI la personalidad de los asesinos seriales podría definirse como una sensación de aislamiento social, preferencia por actividades autocríticas y fetiches, vida afectiva dependiente de sus fantasías, etc. (Palermo, 2008). Los asesinos organizados suelen cometer crímenes ejerciendo violencia sádica, debido a su búsqueda de control sobre la víctima, la que les otorga sensación de satisfacción (Porter, Woodworth, Earle, Drugge & Boer, 2003). Los desorganizados -sobre los que me centraré a continuación- suelen “conmutar el deseo sexual adaptativo en maniobras autoeróticas y conductas de sublimación (sexualidad regresiva) cometiendo conductas como introducción de objetos en la vagina, amputaciones, descuartizamientos, antropofagia o necrofilia” (Cuquerella, 2004, p. 4156). Los rasgos sádicos en los crímenes seriales corresponde al placer sexual (y no sexual) experimentado al infligir dolor físico o emocional a la víctima. Estos actos sádicos han sido altamente correlacionados con la psicopatía, aunque no quita que los asesinos con esquizofrenia cometan crímenes sádicos (Meloy, 2000).

Es muy habitual que algunos asesinos seriales sufran algún trastorno parafilico, además de padecer psicopatía o esquizofrenia. Porter et al. (2003) recogen numerosos estudios en los que se muestran que los crímenes sexuales son más frecuentemente relacionados con asesinos psicópatas que con no psicópatas. En el DSM-5 los trastornos parafilicos son ocho: exhibicionismo, voyeurismo, froteurismo, masoquismo, sadismo, pedofilia, fetichismo y travestismo. Estos trastornos se caracterizan por una excitación sexual intensa y recurrente con cierta actividad (distintas en cada parafilia) y que se manifiesta mediante fantasías sexuales, deseos o comportamientos irrefrenables durante un periodo mínimo de seis meses. Las consecuencias negativas a las que se hacen referencia es que como consecuencia de estas fantasías, etc., el que lo padece o bien

lleva a la realidad sus deseos con una persona que no ha dado su consentimiento, o bien le supone un significativo malestar en el área social, laboral o personal (APA, 2013).

Hay que tener en cuenta que estos individuos suelen padecer de distorsiones funcionales o las distorsiones cognitivas que algunas parafilias conllevan propiamente. Por ejemplo, las distorsiones cognitivas que se dan en un voyeurista, tomando como ejemplo lo que cuenta Maletzky (1997), son las siguientes:

Categoría de distorsión	Diálogo interno
Otorgar a otro la culpabilidad	“Ellos se lo buscaron, ¡no haber hecho nada en la calle!”
Restar importancia a las consecuencias	“Pero si no les hice nada, solo miraba”
Autojustificación	“Si no hubieran estado ahí en medio yo no habría mirado nada...”

En su artículo *Agresores sexuales: características, evaluación y tratamiento*, Alarcón refiere que aquellos que agreden sexualmente a otras personas presentan características psicosociales y personales similares, como por ejemplo una base familiar negativa, desarrollo anormal de la infancia, adopción o separación de los padres, víctimas de abuso de cualquier tipo, etc. Suelen tener problemas para relacionarse con los pares y prefieren estar solos. Además, Alarcón hace referencia a las distorsiones cognitivas, entre las cuales incluye la carencia de empatía y déficits en la intimidad personal.

En referencia a los asesinos seriales y las parafilias, Romi (2009) constata que estos asesinos están obsesionados con fantasías sexuales que tienen su origen mucho antes de los asesinatos, la mayoría de las veces en la infancia. En realidad, gran parte de la literatura forense se ha centrado en las fantasías sexuales y/o *parafilicas*, interpretándolas como un ensayo general de un posterior homicidio sexual serial (Abby, 2004, citando a Ressler et al., 1992; Meloy, 2000; Ressler & Shachtman, 2005).

En la obra titulada *Sexual homicide: patterns and motives* (1992), que ha sido gran influencia en esta literatura forense, Ressler y colaboradores afirman que como consecuencia de las vivencias traumáticas y amenazadoras a las que ha sido expuesto, el individuo se refugia en sus fantasías. Estas fantasías constituirían un ensayo cognitivo para un futuro homicidio sexual, a menudo pasando gran cantidad de tiempo imaginando cómo van a ser sus actuaciones criminales (Ressler et al., 1992; Palermo, 2008). El homicidio sexual sería “an event largely driven by improperly regulated cognition, particularly if regulatory mechanisms are attenuated by environmental”¹⁰ (Ressler et al., 1992, p. 34). En el estudio de Ressler y colegas sobre 35 asesinos sexuales detectaron que todos ellos habían sufrido abusos y maltratos o padecido negligencia en la infancia. Burgess et al. (1986) informaban que estos asesinos presentaban un historial de cierta relación entre agresiones y abusos sexuales mediante una operación cognitiva de aprendizaje del trauma. Abby (2004), citando a Gilligan, sostiene que estos asesinatos no son simples eventos, sino que son parte de un largo proceso interno que suele tener su inicio en la infancia y que continúa a lo largo del tiempo hasta que se produce el primer asesinato.

Un autor que es importante mencionar es Romi (2009), quien ha dedicado gran parte de su tiempo al estudio del delincuente sexual serial. Para realizar un informe pericial sobre el delincuente sexual, en este caso serial, hay que estudiar tanto al actor como el acto delictivo. Para estudiar al actor hay que estudiar exhaustivamente tanto a la víctima como al victimario, y de este último se precisa realizar examen individual, social y ambiental para llegar a las posibles causas que le han llevado a delinquir. En el estudio del acto delictivo, hay que observar la dinámica que se ha seguido para perpetrarlo. A través de estos estudios realizados se llegaron a numerosas conclusiones, como que suelen ser adultos jóvenes o de mediana edad, que suelen utilizar la misma ropa cuando van a delinquir como parte de su ritual, que predominan los solteros con una personalidad inestable e inmadura, que suelen comportarse adecuadamente en su entorno social, y que suelen valerse de amenazas, insultos y descalificaciones.

¹⁰ Traducción al español: El homicidio sexual sería un evento conducido por una inapropiada regulación cognitiva, particularmente si los mecanismos reguladores son atenuados por estresores ambientales.

Los asesinos en serie realizan su actividad sexual para compensar las dificultades a la hora de establecer relaciones personales convencionales. En cuanto a la psicopatología, Romi sostiene que no es común el trastorno psicótico en estos delincuentes, sino que suelen padecer con mayor frecuencia trastornos de la personalidad y psicopatía en concreto. El AS psicópata suele seguir un mismo ritual, moviéndose en una misma zona que estudia con minuciosidad dentro de la cual elige a su víctima o *presa*. Romi (1999) dice que a veces la víctima se llega a enamorar de su agresor y forman pareja, lo que los profesionales de la psiquiatría denominan *enclitofilia de Loccard*. Por su parte, Bernabeu (2010) sostiene que la necrofilia, incluida en el DSM-5 como un trastorno parafilico no especificado, se daría generalmente entre los asesinos desorganizados. A pesar de esto, también puede aparecer en un asesino organizado o, claro está, en uno mixto. Bernabeu también hace referencia al canibalismo, y cómo este fenómeno ha ido variando a lo largo del tiempo y el espacio. Anteriormente, el consumo de carne humana se podía llevar a cabo por motivos alimenticios, religiosos, etc. Hoy en día esta parafilia principalmente se atribuye a los asesinos desorganizados o psicóticos.

A continuación, me voy a centrar en los trastornos psicóticos y, más en concreto, en la esquizofrenia de tipo paranoide, que cuando va ligada a la delincuencia conlleva conductas agresivas, violentas y peligrosas (González Parra, Molina, Huertas, Blasco, Mora & Pascual, 2008; Bernabeu, 2010; Pozueco, Romero & Casas, 2011).

Según el DSM-5, estas patologías “presentan anomalías en uno o más de los siguientes dominios: delirios, alucinaciones, pensamiento o discurso desorganizado, comportamiento motor anómalo o desorganizado y los síntomas negativos. Para el diagnóstico de la esquizofrenia se requiere que se hayan excluido otras afecciones que puedan dar lugar a una psicosis. Los criterios diagnósticos para el trastorno de la esquizofrenia tipo delirante son la presencia de uno (o más) delirios de un mes o más de duración, nunca se ha debido cumplir el criterio A de la esquizofrenia, aparte del impacto del delirio(s) o sus ramificaciones, el funcionamiento no está muy alterado y el comportamiento no es manifiestamente extravagante o extraño, si se han producido episodios maníacos o depresivos mayores han sido breves en comparación con la duración de los delirios y el trastorno no se puede atribuir a los efectos fisiológicos de

una sustancia u otra afección médica y no se explica mejor por otro trastorno mental” (APA, 2013, pp. 87-90).

Tal y como figura en la obra de Carrasco y Maza (2010), el grupo de las esquizofrenias y otros trastornos psicóticos son los más relacionados con el paradigma de locura, ya que son los trastornos que conllevan los comportamientos o pensamientos más extraños; normalmente tienen una evolución crónica hacia una personalidad muy deteriorada que supone un empobrecimiento de las relaciones sociales. Los trastornos psicóticos se caracterizan por una serie de síntomas como pueden ser delirios y alucinaciones y una ausencia de conciencia de la propia enfermedad en muchos casos. El lenguaje y comportamiento suele ser catatónico y/o desorganizado.

Rámila (2011) define la psicosis como un trastorno mental que provoca en aquel que lo padece alteración y pérdida del sentido de la realidad. En esa realidad paralela se mezclan el bien y el mal, y hace que el sujeto pierda consciencia de sus actos. Todas las normas sociales y costumbres que para los miembros de una misma sociedad son comunes, para el psicótico cambian, de modo que a veces les lleva a experimentar situaciones asombrosas. Esta autora dedica un inciso a explicar que no todas las personas con trastornos psicóticos son violentas y peligrosas, y de hecho en numerosas ocasiones pueden resultar inofensivas, a veces llegando a ser víctimas.

En su obra *El asesino en serie desorganizado* (2010), Bernabeu sostiene que la prevalencia de la psicosis en los asesinos seriales se produce en la misma proporción que en las demás personas, es decir, que no por tener un trastorno psicótico te conviertes en asesino en serie. Además menciona que pocos asesinos en serie han podido acreditar locura en un juicio. Bernabeu señala que el riesgo o la peligrosidad de delinquir en estas personas es mayor que en alguien sin esquizofrenia, pero las cifras muestran que los delitos cometidos por estos enfermos es un porcentaje muy pequeño del número total de delitos. Aún así, es verdad que el psicótico puede anular o disminuir este riesgo si toma la medicación y sigue el tratamiento que se le haya prescrito. En casos en los que se deja de tomar la medicación hay un alto riesgo de delinquir, y si además consume drogas y/o alcohol esta probabilidad se multiplica (Rámila, 2011). Rámila relaciona los síntomas que conlleva la esquizofrenia con la forma de actuar de los asesinos en serie desorganizados, ya que en muchas ocasiones las causas de sus crímenes son sus delirios

y/o alucinaciones, teniendo en su cabeza informaciones y datos sesgados por la enfermedad. A menudo se creen el centro de una conspiración o elegidos para una misión secreta.

En cuanto a los rasgos de la esquizofrenia y en relación con las conclusiones extraídas de la escena del crimen, modus operandi y firma del asesino desorganizado, a menudo se observa que los crímenes no son planificados. Además, las víctimas tampoco son seleccionadas minuciosamente ni de forma consciente, sino que se guían por impulsos, actuando muchas veces durante episodios de su enfermedad. Estos episodios psicóticos se dan por haber dejado de lado el tratamiento médico y, en ocasiones, después de haberlo dejado hace un tiempo y haber comenzado a escuchar voces en su cabeza o sufrir alucinaciones visuales. Otras veces, en cambio, el episodio psicótico es consecuencia de un abuso de drogas o alcohol. Este tipo de asesino despersonaliza o cosifica a su víctima, y sus crímenes no los comete con detenimiento sino que actúa con rapidez sin apenas interactuar con ella. Además, durante sus crímenes, el asesino desorganizado suele trasladarse andando o en transporte público. En caso de que tenga coche este estará sin cuidado alguno. La escena del crimen es reflejo de una mente caótica y desordenada. El asesino psicótico es incapaz de manipular nada en la escena del crimen, y deja la escena tal y como queda. Por tanto, no oculta el cadáver ni lo traslada a otro lugar (Cuquerella, 2004; Bernabeu, 2010; Pozueco & Moreno, 2013; Orta, 2014).

Generalmente el perfil de los asesinos seriales desorganizados, según Cuquerella (2004) y Bernabeu (2010), se caracteriza por una inteligencia baja o media-baja, no disponiendo de habilidades verbales ni físicas necesarias para la exteriorización de las emociones, y suelen ser socialmente inmaduros. Suelen ser personas solitarias que se vuelven incapaces de relacionarse con los demás. Suelen convivir con los progenitores o con uno de ellos. A veces sus acompañantes se convierten en sus propias víctimas. Su educación suele haber sido rígida e incluso han sido maltratados. No les suelen interesar las noticias sobre el crimen después de cometerlo. Bernabeu contempla la estadística en cuanto al sexo y la edad de los asesinos seriales, siendo en general hombres (89%) y con una edad que oscila entre los 25 y 35 años.

Para concluir este apartado, quisiera mencionar una cuestión importante: mientras los asesinos seriales psicópatas actúan mediante una violencia instrumental,

premeditada y a sangre fría, la violencia de los asesinos seriales psicóticos es reactiva, impulsiva y a sangre caliente (Pozueco et al., 2013).

6.- PERFIL CRIMINAL DE LOS ASESINOS EN SERIE

La primera iniciativa realmente importante y metodológicamente transmisible en la elaboración de un perfil criminal orientado a la detención de los asesinos en serie la desarrollaron Robert Ressler y John Douglas durante su trabajo como agentes especiales para el FBI. El FBI ha sido un referente en la lucha contra el crimen, y en su base localizada en Cuántico (Virginia) se recopila una base de datos muy extensa sobre asesinos en serie de todo el mundo. El trabajo de estos agentes fue la realización de numerosas entrevistas con los peores asesinos en serie para conocer todos los datos sobre sus crímenes, como su motivación, su método, etc., y así elaborar patrones de conducta comunes (Rámila, 2010). Esto no quiere decir que esta técnica no se hubiera llevado a cabo con anterioridad, pero no de tal manera ni de forma tan eficaz. De hecho, según Garrido y López (2006), la primera vez que se planteó una propuesta de perfilación criminal la llevó a cabo James Brussel, al aplicar un razonamiento lógico deductivo ayudado por su experiencia y por la probabilidad, que supuso a la captura en 1957 de George Metesky, más conocido como *the mad bomber*. Pero es verdad que la perfilación criminal se afianza y resulta útil para la investigación criminal a principios de los 80 gracias a los agentes del FBI que he nombrado. Antes de realizar las entrevistas con los criminales -debido a que, en su opinión, la mejor forma de conocer los crímenes era hablando con aquellos que los habían cometido- se pusieron en contacto con otros cuerpos y departamentos de policía, pidiéndoles las fichas de los criminales violentos, estudiándolos individualmente y haciendo una equiparación o sacando a relucir una relación entre ellos (Vaca y Dzib, 2012).

Con la elaboración del perfil criminal se pretende destacar ciertas características criminales que sean útiles para las actuaciones judiciales y de investigación (Garrido & López, 2006; Vaca & Dzib, 2012). Rámila (2010) sostiene que la elaboración del perfil criminal se basa en plantear una estimación física y psicológica que se acerque (en la mayor medida de lo posible) a la realidad de una persona sospechosa de la comisión de un delito. Es importante en este caso resaltar la idea de Ressler, y cito textualmente, que “no hay dos crímenes ni dos criminales exactamente iguales. La persona que está elaborando el perfil busca patrones e intenta encontrar las características del probable autor de un delito. Es un proceso basado en hechos mediante el que se utilizan razonamientos analíticos y lógicos. Aprendemos todo lo que podemos de lo que pasó,

empleamos nuestra experiencia en saber por qué ocurrió y dibujamos un retrato criminal. En unas palabras: *qué más por qué igual a quién*” (Ressler & Shachtman, 2005, p. 202).

6.1.- Métodos de perfilación

Dentro de la propia investigación criminal hay distintos tipos de perfiles a elaborar, que corresponderían a los perfiles de criminales conocidos, perfiles de criminales desconocidos y el perfil geográfico, según exponen Vaca y Dzib (2012). El perfil de criminales desconocidos (método clínico o deductivo) es el más trabajado por el FBI en Estados Unidos y el perfil de criminales conocidos (método estadístico o inductivo) y el perfil geográfico tienen como precursor a David Canter¹¹.

En primer lugar, el método clínico desarrollado en su mayoría por el FBI hace uso del razonamiento deductivo para la elaboración del perfil. El método deductivo es utilizado para conocer casos desconocidos basándose en la experiencia (Hikal, 2005). Para su elaboración, se recurre a los casos previamente investigados y al conocimiento sobre la conducta humana para descubrir la motivación del autor con sus crímenes. Este método tiene en cuenta el análisis previo de diversos estudios de caso existentes (Morales, 2003; Norza, Morales, Merchán y Meléndez, 2013). El procedimiento mediante el cual se elabora el perfil está relacionado con los diagnósticos clínicos que hacen los profesionales, partiendo del conocimiento que exista sobre los trastornos psicológicos y conductuales (Morales, 2003). De este modo, el perfil se realiza en base a los conocimientos clínicos preexistentes y al modo en que se presente la conducta humana en cada crimen.

Como se ha mencionado, el FBI ha trabajado este perfil en profundidad y, concretamente, Robert Ressler, quien sostiene que su postulado serviría para averiguar el qué, el por qué y el quién, tanto del delito como del delincuente (Burgess et al., 1986). Estos autores dividen el método clínico en seis etapas: 1) etapa de entradas, en la que se recaba toda la información relacionada con el caso, escena del crimen, modus

¹¹ David Canter es un famoso psicólogo de la Universidad de Liverpool en Inglaterra. Este autor ofreció una nueva alternativa de los perfiles criminales a la que expuso el FBI.

operandi, estudio victimológico e informes policiales u otros documentos disponibles; 2) el proceso de decisión de modelos, en la cual se selecciona el modelo por el cual va a clasificarse el delito y se valora la vulnerabilidad de la víctima, la peligrosidad criminal del delincuente, horarios, etc.; 3) etapa de evaluación del crimen, en la que se reconstruyen los hechos del crimen; 4) etapa del perfil criminológico, en la que se analiza toda la información ya obtenida y se comienza a elaborar el perfil, el cual debe constar de información sobre datos demográficos, físicos, hábitos, creencias, valores del delincuente, etc.; 5) etapa de investigación, en la que se compara el perfil que se haya realizado con los sospechosos, siendo muy importante la revisión y retroalimentación del caso constante, ya que si hay evidencias obtenidas posteriormente hay que tenerlas en cuenta; y 6) la etapa de aprehensión, posterior a la aprehensión y procesamiento del delincuente, en la que se contrasta el perfil realizado con las características del delincuente y se tienen en cuenta los aciertos y los errores para la retroalimentación del proceso.

Las críticas existentes a este método están dirigidas a las inferencias del investigador acerca de lo evidenciado en la escena del crimen y el riesgo de basarse únicamente en teorías o fundamentos científicos. También se recoge que hay factores ambientales que pueden interferir en el comportamiento criminal y no se tienen en cuenta, por lo que la escena del crimen contaría con elementos que no pertenecen a la personalidad del criminal y puede inducir a error en la investigación.

Con los datos obtenidos mediante el método deductivo se ha propuesto por el FBI una tipología que clasifica a los delitos y delincuentes en organizados y desorganizados –aunque como sabemos existe la mixta también, combinando características de ambas tipologías- (Morales, Muñoz, Santillán, Arenas & Ponce de León, 2007; Norza et al., 2013). Esta clasificación dicotómica trata de identificar los rasgos psicológicos y criminológicos del perpetrador del crimen, atendiendo a las evidencias encontradas en la escena del crimen y otros elementos del perfil (de los que hablaremos a continuación). La escena del crimen organizada tendría evidencias de haber sido planificada y el autor suele ser metódico, inteligente, con habilidades sociales y sexuales (aunque superficiales) (Godwin & Rosen, 2006; Morales et al., 2007; Norza et al., 2013). Las escenas desorganizadas, por su parte, carecerían de planificación y las acciones de los autores suelen ser fruto de su enfermedad mental (la

esquizofrenia), caracterizándose las escenas del crimen como desordenadas, desorganizadas y descuidadas (Bernabeu, 2010). Los asesinos en serie desorganizados son personas impulsivas y carentes de habilidades sociales y sexuales (Morales et al., 2007).

El enfoque del FBI se basa en la experiencia de los agentes en la investigación de crímenes durante su carrera profesional y en entrevistas en profundidad con los propios criminales -a las cuales hemos hecho referencia e incluso recogido diálogos durante el trabajo-.

Por otra parte, el método estadístico está basado en el método utilizado por la psicología experimental. Se lleva a cabo la formulación de hipótesis que posteriormente son sometidas a prueba mediante un análisis estadístico (Garrido, 2000; Garrido, Redondo & Stangeland, 2001). El método estadístico es un método inductivo, el cual parte de casos particulares que estudia y analiza para elevarlos a conocimientos generales (Hikal, 2005) o, dicho de otra manera, “se generaliza un perfil a un criminal individual a partir de las características conductuales y demográficas compartidas por otros criminales ya estudiados en el pasado” (Soria, 2006, p. 367). Es decir, se parte de lo específico a lo general y mediante ciertas premisas (como la edad, la raza, agresiones específicas de agresores conocidos) se llega a una hipótesis (Vaca y Dzib, 2012). Por ejemplo: un investigador se encuentra en una cárcel investigando a criminales con psicopatía, habla con uno de ellos y diagnostica falta de empatía, habla con otro y resulta igual, y habla con un tercero y lo mismo. Si esto se da de manera reiterada, se podrá asociar a la psicopatía la falta de empatía. El instrumento más utilizado para obtener los datos mediante el método estadístico es la entrevista con delincuentes que hayan sido condenados por el mismo delito y, en ocasiones, que no tengan posibilidad de salir de la cárcel para que esto no influya a sus discursos. “Los investigadores también se nutren de datos provenientes del expediente judicial y con base en todas estas fuentes se construye el perfil inductivo” (Vaca y Dzib, 2012, p.109; citando a Ressler, 1999).

Los autores que apoyan la propuesta del perfil inductivo apuntan que una de sus ventajas es que no es aplicable únicamente en casos de asesinatos seriales sino que se puede realizar para delitos de hurto, piromanía, crimen organizado, etc. (Canter, Alison,

Alison & Wentink, 2004; Morales et al., 2007). Además, otro aspecto positivo es su eficacia, ya que ofrece características individuales con menos esfuerzo -y en un periodo menor de tiempo- que el empleado en el método deductivo debido a que parte de unas premisas en las que ya se incluyen aspectos básicos del delincuente y del delito que ayudan a configurar su perfil y predecir futuras actuaciones (Soria, 2006; Turvey, 2008; Rámila, 2010). En cambio, Vaca y Dzib (2012) refieren que los opositores de este método de perfilación recogen diversas desventajas respecto a este: la existencia de una muestra acotada para su estudio, la posibilidad de que los testimonios de los entrevistados sean falsos, la fiabilidad y validez de los instrumentos utilizados, etc. Otra desventaja puede ser, según apunta Soria (2006), que se generaliza unas características de un sujeto a partir de los ya muestreados, y los datos obtenidos pueden no ser fiables o válidos.

David Canter es el principal exponente de este método, y señala que el material en el que se basa la inferencia en el proceso de perfilación es limitado, debido a que pueden obtenerse datos de procesos mentales, características de personalidad, etc., son escasas y poco fiables (Canter, 2000). Según Canter, para la elaboración de un perfil se deben obtener los mayores datos posibles relacionados con el delito y el delincuente; para ello, se centra en patrones como violencia utilizada, nivel de planificación y relación entre agresor-víctima.

Canter comenzó revisando la evidencia disponible acerca de la validez de los perfiles y su capacidad de inferir las características de delincuentes desconocidos a partir de lo analizado en sus crímenes. Encontró numerosas deficiencias en el método deductivo, como el poco respaldo empírico (Canter, Alison, Alison & Wentink, 2004). En este contexto, Canter planteó el realizar un nuevo diseño de estudio con mayor rigor metodológico que permitiera identificar las variables del delito y del delincuente y evaluar empíricamente la relación entre dichas variables. Para ello, contempló grandes muestras de casos ya resueltos de delincuentes que se encontraran cumpliendo la condena, para luego aplicar los resultados al análisis de casos específicos. El modelo de David Canter se sirve de las mismas fuentes que el FBI (examen y fotografías de la escena, información sobre la víctima, modus operandi, etc.) pero contextualiza la información desde el conocimiento empírico y teorías y modelos ya conocidos (Soria,

2006), ya que una el perfil siempre ha de estar basado en una comprobación empírica (Porter et al., 2003).

Como se puede observar, ambos métodos tienen sus detractores y defensores. Lo cierto es que es de gran utilidad hacer uso de ambos para mayor rigor científico en la perfilación, sirviéndonos para tener las mayores probabilidades de identificación y detención del delincuente y resolución del caso, además de la predicción de futuras actuaciones violentas.

6.2.- Elementos esenciales en el estudio del perfil criminal

Robert Ressler estableció seis etapas en la elaboración del perfil: recolección de datos, modelos en el proceso de decisión, análisis del crimen, perfil criminal, investigación y aprehensión (Ressler, 1992, citado por Vaca & Dzib, 2012).

Garrido y López (2006) sostienen que en la elaboración del perfil hay unos conceptos esenciales: la escena del crimen, geografía de los delitos, modus operandi y firma, y victimología. Si estudiamos todos estos elementos podremos entender lo que el asesino en serie transmite con sus crímenes.

Pasos a seguir en la elaboración del perfil criminal



6.2.1.- Escena del crimen

La escena del crimen es el lugar en donde se ha llevado a cabo un delito o acto criminal. Y en muchos casos hay varias escenas del crimen debido a que un mismo delito puede ocurrir en escenas distintas. La escena del crimen y su estudio constituyen la pieza principal del *profiling* o perfil criminal, y es donde más evidencias físicas y psicológicas se encuentran (Ressler & Shachtman, 2005; Garrido & López, 2006; Turvey, 2008; Vaca & Dzib, 2012; Garrido, 2012). La regla de oro del análisis de la escena del crimen es “no tocar, cambiar o alterar cosa alguna hasta que esté debidamente identificada, registrada, medida y fotografiada” como bien apuntan al respecto Vaca y Dzib (2012, p. 115)

Según Vaca y Dzib (2012), hay cuatro tipos de escenas principales: la del propio hecho (donde se cometió), la del hallazgo (donde se encontró), la de enlace o transferencia (donde pueden encontrarse evidencias relacionadas con el crimen) y la circunstancial. Turvey (2008) realiza otra distinción entre tipos de escena dependiendo del contacto que se haya producido durante el ataque entre agresor y víctima, distinguiendo tres tipos: la escena primaria (aquella en que el contacto es grande entre agresor y víctima, y en la que se suelen producir las mayores agresiones), la escena secundaria (en la que se interviene en menor proporción que en la anterior, que puede ser donde se abandona el cadáver), y la escena intermedia (que es cuando se produce algún tipo de contacto entre la escena primaria y el abandono del cuerpo).

Una vez localizadas dichas escenas, los profesionales tendrán que analizarlas con la mayor rapidez posible y sin alterarlas. Se debería anotar cualquier tipo de dato del estado de la casa y de los elementos que hay en su interior, la iluminación, la temperatura que hay dentro del domicilio -en caso de que lo sea- o en el medio, visibilidad, etc. De todo esto se realizarán fotografías y, después de ello, se analizarán todas ellas etiquetándolas y describiéndolas con exactitud, estableciendo hora y fecha.

La escena del crimen es el elemento esencial para estudiar el crimen, ya que siguiendo el principio de Loccard, “cuando un criminal interviene e interacciona con una víctima, siempre hay detalles del agresor que se transfieren a la víctima o a la

propia escena del crimen, e igual sucede al revés” (Vaca & Dzib, 2012, p. 117). Por esto es por lo que es tan importante detallar la escena de un crimen ya que, según la escena del crimen ante la que nos encontremos, podemos determinar si el asesino es de tipo organizado, desorganizado o mixto. Estos términos son utilizados para facilitar el trabajo de los agentes de policía, ya que si estos no tienen mucha idea de los trastornos psicopatológicos no van a entender por qué el asesino muestra una personalidad psicopática o psicótica delirante (Ressler et al., 2005; Vaca & Dzib, 2012). Los asesinos organizados se caracterizarían por la planificación de sus acciones, mostrando esta capacidad en la escena del crimen. Los asesinos desorganizados no planifican sus crímenes y escogen a sus víctimas por mero oportunismo.

A la hora de investigar, sobre todo las motivaciones que han llevado al asesino serial a matar, es más fácil de estudiar a aquellos caracterizados de organizados, debido a que hay una planificación y motivos más claros y lógicos.

Hay dos cuestiones esenciales en la obtención de un perfil criminal, los cuales ayudarán al investigador a atrapar al delincuente con mayor facilidad: una primera cuestión es la de los agresores violentos y de tipo sexual, los cuales hacen realidad sus deseos y fantasías con sus víctimas; y una segunda cuestión es que la mayoría de las conductas llevadas a cabo por un asesino en serie tienen inherente una finalidad de satisfacción, por lo que teniendo en cuenta estas dos cuestiones el investigador puede observar mediante la escena del crimen lo que el agresor quiso o deseó con su crimen.

Es evidente que aquel encargado de estudiar la escena del crimen ha de ser experto en lo que vaya a estudiar, de forma que el trabajo se relacionaría con la idea de peritaje. En la escena del crimen se estudian muestras biológicas y no biológicas: sangre, marcas de violencia, tierra, armas, etc.

Según Garrido (2012) en la escena del crimen ha de prestarse atención al *modus operandi* del agresor y a su propia firma, es decir, las conductas que aparecen en todos sus crímenes.

6.2.2.- Modus operandi

El modus operandi significa en latín “método de ejecución (operación)”, es decir, el cómo se ha llevado a cabo un crimen. Tal y como señala Turvey (citado en Garrido, 2012) el modus operandi constituiría el cómo comete los delitos el asesino en serie, lo que sería muy distinto del por qué, que correspondería a la firma del delincuente, incluyendo sus motivaciones. Lo que está claro es que el modus operandi es de naturaleza completamente funcional, teniendo siempre una de estas tres metas: para proteger la identidad del delincuente (tapándose la cara, usando guantes, etc.), para consumir su agresión con éxito o asegurar la comisión del delito (tapando la cara a la víctima, con un arma, etc.), y para facilitar la huida (robo de vehículo, atando a la víctima para que no pueda irse...).

Garrido (2000, 2012) subraya que el modus operandi puede ir evolucionando y variando. En ocasiones, nos encontramos con que el asesino serial -suele ser el caso de los psicópatas- va mejorando en sus crímenes y perfeccionando su técnica. En otros muchos casos, el asesino en serie igual sufre de un trastorno psicótico e incluso alguna adicción y esta se incrementa.

El modus operandi lo configuran 15 conductas, que suelen ser habituales en todos: “el número de delincuentes (en el de los asesinos seriales es siempre o casi siempre uno), planificación del crimen, selección del lugar del crimen, ruta seguida para llegar al lugar, vigilancia previa de la víctima, implicación de una víctima durante un crimen, arma empleada, utensilios de control empleados, naturaleza y extensión de las heridas, método de asesinato, naturaleza y extensión de los actos de precaución, lugar y posición de la ropa de la víctima, lugar y posición del cuerpo, elementos sustraídos de la escena del crimen para no ser identificado y método de transporte a y desde la escena del crimen” (Garrido, 2012, p. 45). En cambio, según Vaca y Dzib (2012) los elementos a tener en cuenta en la investigación del modus operandi son nueve: la clasificación del delito (homicidio o asesinato en caso de AS), clase de víctima (ocupación, sexo, raza, edad...), tipo de propiedad (casa, coche, tienda, lugar abierto, etc.), el cómo se cometió el asesinato y los medios empleados en él, el objeto o móvil del crimen, la fecha y hora, señales individuales (cualquier cosa que pueda establecer la motivación, la preparación

del crimen, precauciones tomadas, etc.), y otros informes pertinentes (como son el nombre de la víctima, lugar de residencia, quién dio el aviso, nombre y dirección, etc.).

El modus operandi nos puede mostrar muchos detalles del asesino que lo ha cometido, como disciplinas, habilidades u oficio. Esto a veces ha ocurrido, por ejemplo, en el caso de Jack el Destripador, donde por las mutilaciones realizadas y su precisión se supuso que era médico cirujano. El modus operandi puede sugerir un cierto conocimiento en algún ámbito, y también el conocimiento y aprendizaje de una pasada escena de crimen (Garrido & López, 2006; Vaca & Dzib, 2012).

Garrido (2012) aporta que el modus operandi puede depender de la orografía del lugar de su casa. Esto quiere decir que si el asesino en serie vive en zona de campo puede recorrer más distancia que aquel de ciudad para encontrar a sus víctimas. Y hay que tener en cuenta en este sentido los casos en que el asesino tiene una residencia móvil, como un camión o una caravana.

6.2.3.- Firma

En cuanto a la firma del delincuente, esta comprende todos aquellos actos que no son necesarios para cometer el crimen y, además de eso, nos muestra detalles sobre la psicología del delincuente. Es el elemento fundamental para que el investigador pueda entender qué ha querido transmitir con el crimen o los crímenes. Además, en el caso de los AS, la firma del asesino puede permitirnos relacionar unos crímenes con otros, y atribuir todos ellos a una misma persona según como esta actúe y lo que muestre en sus actuaciones.

La firma es el medio por el cual se expresan las emociones y deseos o fantasías psicológicas del asesino serial. Esto es lo que distingue también la firma del modus operandi, ya que como he comentado anteriormente el modus operandi puede variar según la evolución o la decadencia psicopatológica o aprendizaje del delincuente, mientras que la firma no cambia (Garrido & López, 2006; Vaca & Dzib, 2012).

Vaca y Dzib (2012) afirman que en realidad la firma sí puede variar a lo largo del tiempo pero que el núcleo de ésta no. Garrido y López (2006) refieren que lo que puede variar son los detalles periféricos. Los autores mencionados apuntan que en la firma hay dos partes diferenciadas: el aspecto general (que es la parte que representa los temas emocionales y psicológicos que el delincuente intenta satisfacer y satisface con sus crímenes) y la parte de los aspectos manifestados por sus conductas (que son conductas que el asesino no tendría que cometer en su crimen y que dejan entrever las necesidades emocionales y psicológicas del mismo).

Garrido (2012) sostiene que los elementos centrales de la firma del delincuente serían saber si el asesino ha invertido un tiempo extra para completar el crimen, si comete actuaciones innecesarias al realizarlo, si este ha dejado entrever sus necesidades más apremiantes, si además expresa de alguna manera su fantasía, y si la víctima ha sido seleccionada o no.

Hay que considerar que el investigador debe tener información necesaria para poder valorar la firma del delincuente, y entre esta información se encontraría si existen evidencias suficientes de comportamiento en la(s) escena(s) del crimen, para lo cual la reconstrucción de la misma es clave. Y, por último, hay que considerar si esta cantidad de evidencias encontradas en la(s) escena(s) del crimen muestran las necesidades del delincuente o no.

6.2.4.- Estudio victimológico

El criminólogo que elabora el perfil criminal no solo analiza la escena del crimen, el modus operandi y la firma, sino que también necesita disponer de conocimientos sobre la víctima o víctimas, y sobre el perfil geográfico de los crímenes.

Cuando la víctima consigue sobrevivir puede proporcionar mucha información y ayuda en la resolución del caso. Si fallece, la escena del crimen tendrá que proporcionar la información que la víctima no puede describir (Garrido, 2000, 2006, 2012; Vaca & Dzib, 2012). Garrido, en su libro *El rastro del asesino*, presenta los elementos necesarios para elaborar el perfil de la víctima donde se incluyen los rasgos físicos

(como la edad, debido a que algunos asesinos seriales, por ejemplo, matan a niños, otros a ancianas, etc.; el sexo, si mata hombres, mujeres o ambos; la forma en que van vestidos, etc.), las relaciones afectivas, el estilo de vida que lleva (rutinas y hábitos que sigue en su vida diaria), la ocupación (el trabajo al que se dedica y si la víctima puede tener relación con el asesino respecto a esto, con vínculos profesionales, compañeros de trabajo...), el vecindario en el que vive (debido a que aquellos barrios más marginales muestran crímenes más violentos que los que no lo son), el historial médico (poniendo atención a si tiene miedos, fobias, algún trastorno de personalidad o incluso psicótico, parafilias...), la historia sexual (las parafilias, o prácticas sexuales inusuales), experiencias con el sistema de justicia o antecedentes criminales de algún tipo, y por último, los últimos movimientos de la víctima que se conozcan (concerniente a las últimas actividades que hiciera esta, como llamadas, quedadas, caminos por los que haya pasado, etc.).

Muchos profesionales opinan que, para que el estudio victimológico sea preciso, es necesario que el investigador se acerque a la propia víctima, a su esfera privada y empatee con ella. “A menos que sepamos quién es y cómo vivía, no podemos asegurar conocer del todo el contexto de su fallecimiento o las circunstancias que llevaron a que esta falleciera o fuera asesinada” (Turvey, 2008; citado en Garrido & López, 2012, p.52). Si intentamos comprender su historia con mayor exactitud puede que lleguemos a saber por qué y quién quiso matarla (Garrido & López, 2012).

6.2.5.- Perfil geográfico

Para explicar la importancia de este perfil voy a hacer referencia a autores del profiling como modelo estadístico, donde se encuentra David Canter a la cabeza.

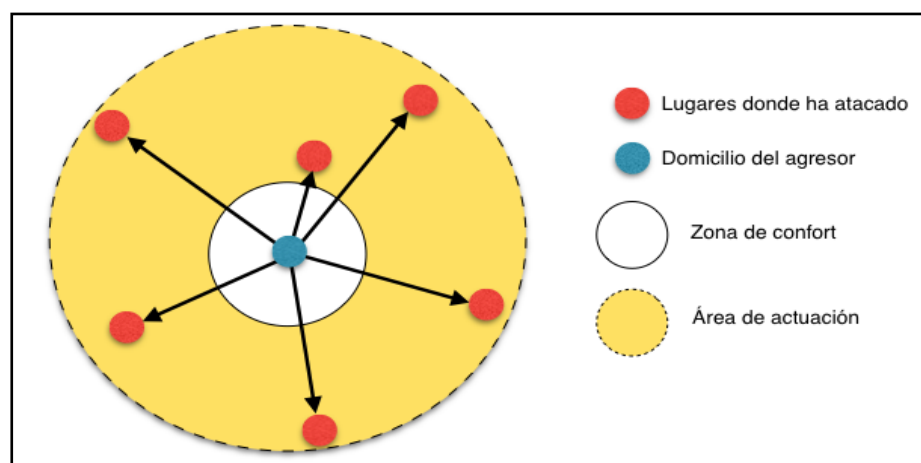
El perfil geográfico está íntimamente relacionado con las características físicas del lugar donde es cometido el crimen, el cual podría llamarse “perfil de la escena del crimen” (Rodríguez, 2011; Vaca & Dzib, 2012). Vicente Garrido (2012) refiere como primer elemento relacionado con este perfil, el mapa “cognitivo”. Este mapa se referiría a los caminos y lugares que cualquiera de nosotros seguimos en las actividades rutinarias. Con los asesinos en serie pasaría lo mismo, se podría realizar un perfil

geográfico de sus crímenes. Además, muchos asesinos seriales psicópatas o mixtos (aquellos que premeditan y planean sus crímenes) tienden a no alejarse más de un radio de dos kilómetros de su casa, la cual suele ser la base de sus crímenes. Esto se debe a que cerca de su casa se sienten seguros, pero sin querer actuar demasiado cerca de ella. La zona donde actuaría sería la zona de confort y desde que acabara esta hasta su casa sería la zona de seguridad. Este tipo de delincuentes que actúan cerca de su casa es a los que Canter (1995) les denomina “merodeadores”, ya que eligen a la víctima merodeando en su zona de confort, mientras que denomina “viajeros” a aquellos que prefieren delinquir lejos de casa. Este perfil constituiría un mapa mental de los asesinatos.

Para la investigación de un asesino en serie, no solo es necesario plantear sus motivaciones psicológicas y emocionales, o cómo satisface estas, sino que también es importante saber si se desplaza mucho o ni siquiera se desplaza, cómo lo hace, si utiliza una única escena de crimen o varias (en el desplazamiento del cadáver), etc. (Rossmo & Summers, 2015).

David Canter (citado en Garrido & López, 2012) fue el autor de la *hipótesis del círculo*. Hay una alta probabilidad de que el asesino serial viva en una zona situada en el centro de la zona de confort ya que, según Canter, estos asesinos tienden a actuar en un radio de dos kilómetros al área de su residencia. El área de actuación o zona de seguridad será entonces donde llevaría a cabo sus crímenes, estando lo suficientemente alejado de la zona de confort para no poder ser identificado por conocidos, pero sin alejarse demasiado (los denominados *merodeadores*




Hipótesis del círculo de David Canter



Es importante mencionar ciertos aspectos que denotarían preparación y planificación por parte del asesino en serie -lo que Ressler y Shachtman (2005) atribuyen como característica de los asesinos seriales organizados- como podrían ser: quitar la ropa de la víctima para hacer que no pueda ir en busca de ayuda, anotar su propia identidad como amenaza, quemar el cadáver o la propia escena del crimen (aunque, por ejemplo, Garrido objeta que esto también puede ser una muestra de rencor u odio del agresor hacia la víctima o hacia el lugar de los hechos), utilizar guantes o elementos que dificulten su identificación, actuar de noche y/o seleccionar a víctimas especialmente vulnerables -como gente con algún déficit mental, niños, ancianos o mujeres- (Vaca & Dzib, 2012; Garrido & López, 2012). Es verdad que en muchas ocasiones el asesino es lo suficientemente inteligente como para amañar una escena intentando despistar a los investigadores del caso. La escena amañada sería, por ejemplo, cuando un homicidio se altera de modo que parezca un accidente y poder librarse del mismo, cobrar un seguro, etc. (Garrido, 2006; Garrido & López, 2012).

Por último, mencionar, citando a Vaca y Dzib (2012), que a veces existen dificultades o limitaciones en la elaboración del perfil. Por tanto, aunque la investigación se centre en el tipo de asesino que se adecua a un perfil, no dejan de ser sospechosos todos los demás, ya que puede haber habido un error en la valoración (al ser un agresor desconocido) que haga que el perfil sea erróneo. Otro problema existente al respecto puede ser la falta de instrumentos adecuados para la valoración y estudio de la escena del crimen. Aparte de esto, en todas las ciencias cabe un margen de error. Turvey (2008) añade al respecto que en ocasiones los investigadores tiene prejuicios o clichés a la hora de buscar a los perpetradores del delito, no debiéndose criminalizar a aquellas personas que aunque cumplan las características del perfil no tengan ninguna relación con los crímenes cometidos.

Comparación de tres asesinos seriales en cuanto a su tipología, infancia, psicopatología y modus operandi

ASESINOS EN SERIE	ORGANIZADO: TED BUNDY (Cano, 2010)	MIXTO: EDMUND KEMPER (Douglas et al., 1995)	DESORGANIZADO: HERBERT MULLIN
<p>Infancia</p> <p>Psicopatología</p>	 <p>Su madre lo rechazó los primeros años de vida por ser hijo ilegítimo y al proceder ella de una familia puritana. Vivió en la casa de su abuelo materno, quien maltrataba a su mujer, es decir, a su abuela.</p> <p>Como consecuencia de esto, comienza a aislarse de sus compañeros e inicia una carrera de mutilaciones a animales.</p> <p>Se consideraba el claro ejemplo de la psicopatía personificada. Aparte de su dura infancia, este siempre transmitía confianza a sus víctimas.</p> <p>Ayudándose de su atractivo y su carisma, engañaba a las jóvenes pidiendo ayuda para conducir su coche simulando que tenía un brazo roto.</p>	 <p>Tuvo una infancia dura, siendo rechazado por su madre y obligado a vivir en el sótano sin ventanas.</p> <p>Mató a los gatos de la familia.</p> <p>Aislamiento social.</p> <p>Kemper fue internado en un Hospital Mental, pero tuvo la suficiente inteligencia como para ganarse al doctor y hacerle creer que estaba bien mentalmente.</p> <p>Tiene características de una personalidad psicopática.</p>	 <p>Su infancia fue normal hasta que terminó sus estudios secundarios en la adolescencia.</p> <p>Llegó a creer en la niñez que los padres de los demás niños conspiraban para no dejarles jugar con él.</p> <p>Cuando estaba terminando la carrera universitaria comenzó a padecer una esquizofrenia paranoide que fue acelerada debido al consumo de marihuana y LSD. Tuvo numerosas alucinaciones.</p> <p>En ocasiones se dañaba, por ejemplo, apagándose cigarrillos en la piel.</p>

ASESINOS EN SERIE	ORGANIZADO: TED BUNDY (Cano, 2010)	MIXTO: EDMUND KEMPER (Douglas et al., 1995)	DESORGANIZADO: HERBERT MULLIN
<p>Perfil del asesino serial</p>	 <p>El modus operandi era siempre el mismo: seguía a sus víctimas, las estrangulaba y las golpeaba en su casa. A veces, las trasladaba de un sitio a otro.</p> <p>Se desplazaba en coche por todo EEUU.</p> <p>Premeditaba sus crímenes.</p> <p>Todas sus víctimas eran jóvenes de pelo oscuro y largo, a las que relacionaba con su madre, sintiendo un intenso deseo de vengarse de esta última.</p>	 <p>Características atribuibles a asesinos organizados:</p> <p>Kemper no elegía a sus víctimas al azar.</p> <p>Se desplaza en coche.</p> <p>Características atribuibles a asesinos desorganizados:</p> <p>Descuartizaba a sus víctimas y les cortaba la cabeza. También practicaba necrofilia.</p> <p>Se entrega a la policía tras asesinar a su madre.</p>	 <p>La mayoría de sus crímenes fueron fruto de sus delirios, y ninguno de ellos fue premeditado. A sus víctimas las apuñalaba, desmembraba, descuartizaba y estudiaba sus órganos.</p> <p>Sus víctimas no tenían rasgos comunes.</p> <p>Se desplazaba en coche. Aunque fuera así, es un asesino serial desorganizado.</p>

CONCLUSIONES

El objetivo del presente trabajo, como se menciona en el resumen del mismo, era acercarnos al fenómeno de la serialidad criminal a través de los debates y teorías surgidas a lo largo de los años. Para ello, en un principio se hace hincapié en su definición, ya que se presenta como una información esencial para poder entender el fenómeno a estudiar. Posteriormente, se recogen las controversias surgidas sobre el tipo de asesinos seriales en base a sus crímenes y su modo de cometer estos. Además de la definición y tipología, muchos autores han querido comprender -a través de estudios realizados, teorías y modelos- las causas de este tipo de criminalidad para así, entendiendo estas, poderla abordar desde diferentes disciplinas en los diferentes ámbitos a los que afecte, bien sean personales, psicológicos o sociales. A este respecto, hemos profundizado en las psicopatologías compartidas por los asesinos seriales comparándolas con las tipologías propuestas por el FBI. Además, se analiza una cuestión sobre la cual -a diferencia de las demás- ha habido un amplio consenso: el perfil criminal del asesino en serie. Hemos de resaltar la complejidad del fenómeno de la serialidad criminal, ya que los debates no solo van relacionados con la etiología de sus crímenes, sino que empiezan desde la definición del término.

Con respecto a las clasificaciones sobre los asesinos en serie, la más conocida es la propuesta de Ressler y demás colegas del FBI. Esta clasificación divide a estos criminales en organizados y desorganizados. A lo largo de la investigación pudieron observar que la serialidad criminal no es ninguna ciencia exacta. Algunos asesinos en serie compartían rasgos de ambos tipos y, por tanto, se debía crear una tercera categoría: asesinos en serie mixtos. Esta clasificación se basa en analizar la escena del crimen, donde se encuentran todos los elementos para poder extraer información sobre el asesino y su crimen (por ejemplo, si se observa en la escena una planificación, las heridas dejadas en la víctima, si se puede observar algún comportamiento parafilico, si se ha trasladado a la víctima, etc.).

Después de muchas controversias al respecto, muchas aceptando esta teoría, muchas criticándola, se observó que, basándose en esta clasificación, se podían distinguir dos patologías en los asesinos en serie, relacionándose la psicopatía con los asesinos organizados y la psicosis, y más concretamente la esquizofrenia, con los

asesinos desorganizados. Los síntomas de ambas patologías se plasman en la escena del crimen y en las preparaciones previas o posteriores a la misma, lo que ayuda a los investigadores a acercarse a la mente del asesino. Durante la elaboración del perfil el investigador ha de estudiar la escena del crimen, el modus operandi, la firma, la victimología y la geografía de sus crímenes. Apoyándonos en su psicopatología y todos los elementos a tener en cuenta en el perfil criminal conseguiremos entender los crímenes y ayudar a la policía en el proceso de averiguación y detención. Como se menciona a lo largo del trabajo, el asesino en serie con personalidad psicopática es consciente de sus crímenes en todo momento y siente satisfacción por la trasgresión de las normas. Carece de empatía hacia las demás personas, y tampoco es capaz de sentir culpabilidad ni remordimientos. El asesino en serie psicótico, en cambio, actúa fruto de las alucinaciones y delirios de la enfermedad, siendo incapaz de controlar sus impulsos, salvo en los casos en los que el sujeto se encuentra bajo tratamiento psicológico y/o farmacológico. En esta última situación, es importante que su entorno más cercano ejerza cierto control sobre el seguimiento del tratamiento por parte del que padece el trastorno psicótico, ya que la falta de medicación puede conducir a sufrir un episodio psicótico.

Cuando empezó a surgir el crimen serial como línea de estudio, se elaboraron numerosas teorías y modelos que recogen postulados sobre la etiología de los crímenes seriales. En este trabajo solo se recogen algunas de las más extendidas o estudiadas. Como hemos subrayado a lo largo del trabajo, este fenómeno se ha mostrado muy atrayente para la población, incrementando incluso la aparición y referencias al mismo en los medios de comunicación. En el presente trabajo -aparte de recoger distintas teorías y modelos- se habla de cinco factores predisponentes para una futura serialidad criminal: la violencia parental, la crueldad hacia los animales en la infancia o adolescencia, el aislamiento social, la influencia de los medios de comunicación y las variables psicológicas del propio sujeto. Es importante dejar claro que estos factores no conducen inexorablemente a la delincuencia serial, pero sí deben ser signos de alerta. A lo largo del trabajo podemos observar que en la investigación llevada a cabo por el FBI mediante entrevistas con asesinos en serie, se encontraban historiales de maltrato familiar, abuso y acoso infantil, crueldad hacia los animales en la infancia, etc. Muchos de ellos se habían aislado durante la infancia o adolescencia por no sentirse parte de la sociedad. A través de sus crímenes pretenden ejercer control sobre alguien, en este caso

la víctima. La sensación de poder y control sobre alguien les ofrece sentimientos de gratificación y satisfacción (Ressler et al., 1992).

Es fundamental mencionar que, aunque existan postulados o teorías más extendidas sobre las diferentes cuestiones referentes a asesinos en serie, se trata de un fenómeno muy complejo que necesita de numerosas disciplinas para abordarlo. Esto ha llevado a que existan varios métodos de investigación, como el método experimental, las entrevistas personales, el análisis de la escena del crimen, etc. Para la realización del perfil criminal nos encontramos el método estadístico y el método clínico. Ambos tienen diversos defensores y detractores, pero cabe recalcar que ambos han sido muy estudiados y trabajados y que ambos aportan información útil para la resolución de los casos. Por tanto, para que exista mayor eficacia y rigor es fundamental valerse de ambos métodos, ya que lo importante es que los dos se complementan.

A modo de inciso, apuntar que la serialidad criminal fue elegida como tema del Trabajo de Fin de Grado de Criminología debido a que es un tipo de criminalidad muy atrayente y, además de esto, engloba diversos conocimientos que pueden ser útiles también para resolver otro tipo de crímenes. Sin embargo, no quería abordar el fenómeno de la delincuencia serial únicamente para amparar o impulsar la lucha contra estos crímenes una vez cometidos, sino que considero que, desde la propia Criminología como ciencia interdisciplinar, debemos contar con políticas de prevención o planes de otro tipo que ayuden a que este tipo de asesinatos no lleguen a producirse. Es por ello por lo que durante el trabajo se hace tanto hincapié en los factores o experiencias vitales que pueden influir en la creación de fantasías en el sujeto, que posteriormente puedan desencadenar en comportamientos antisociales.

Como sabemos, hay dos psicopatologías predominantes en los asesinos en serie: la psicopatía y los trastornos psicóticos. Ambas patologías están implicadas en otro tipo de crímenes: la psicopatía en los delitos de cuello blanco, estafas, delitos contra la propiedad, etc., y la esquizofrenia, en ocasiones, se encuentra implicada en otro tipo de crímenes que suelen ser consecuencia de los delirios y alucinaciones que el individuo sufre durante el transcurso de la enfermedad. Por ello, tanto de cara al asesinato serial como a otro tipo de crímenes es relevante saber que características conductuales y psicológicas se atribuyen a las personas con estas patologías mentales, cómo actúan, cómo son, qué persiguen, etc.

Aunque en la sociedad –afortunadamente- no se presente esta criminalidad con frecuencia, no significa que no podamos encontrarla y que no exista. No solo en Estados Unidos ocurren asesinatos seriales, sino que en España también ha habido diversos casos, tanto de mujeres como de hombres. Además de esto, un dato que puede pasar desapercibido durante el trabajo y me gustaría recalcar es que la cantidad de asesinos organizados (con personalidad psicopática) está elevándose debido –en parte- a la globalización. Esto quiere decir que la difusión de armas de todo tipo, surgimiento de medios tecnológicos y la movilidad social que existe hoy en día favorecen la comisión de crímenes, además de aumentar las oportunidades del propio criminal de evadir la justicia. Por ello, es importante poder estar preparado y, como ya he apuntado, desarrollar planes de prevención.

BIBLIOGRAFÍA

- Aamodt, M. G. (2015). *Serial killer statistics*. Recuperado de: <http://maamodt.asp.radford.edu/serialkilerinformationcenter/projectdescription.htm>.
- Abby Stein, Ph. D. (2004). Fantasy, fusion and sexual homicide. *Contemporary Psychoanalysis*, 40, 495- 517.
- Alarcón, A. Agresores sexuales: características, evaluación y tratamiento. *Psicología Jurídica Penitenciaria*, 242- 262. Recuperado de: <http://extension.upbbga.edu.co/inpec2009/Estudiosprimeraparte/areasdisciplinarias/psicologia.pdf>.
- Alcaraz Albertos, J. F. (2014). *Manual del asesinato en serie: aspectos criminológicos*. España: UNO editorial.
- Alcázar-Corcóles, M. A., Verdejo-García, A., Bouso-Saiz, J. C., y Bezos-Saldaña, L. (2010). Neuropsicología de la agresión impulsiva. *Revista Neurología*, 50, 291- 299.
- Amenabar Beitia, J. M. (2015). Adentrándonos en la mente de un asesino serial: entrevistas con Mabou. *Revista Española de Investigación Criminológica*, 13, 1- 34. Recuperado de <http://www.reic.criminologia.net>.
- Antuña Bellerín, M. A., y Rodríguez Franco, L. (2007). Psicópatas y asesinos en serie. *Estudios Penales y Criminológicos*, 7- 35.
- Asociación Americana de Psiquiatría (APA). (2013). *Guía de consulta de los criterios diagnósticos del DSM 5*. Arlington, VA, Asociación Americana de Psiquiatría, 2013.
- Bandura, A. (1979). *Social learning theory*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- Battle, T. (2013). *The cruelty connection. The relationships between Animal Cruelty, Child Abuse and Domestic Violence*. Alberta: Society for the Prevention of Cruelty to Animals.
- Beirne, P. (2016). ¿Hay progresión desde el abuso a animales hasta la violencia interhumana? *Devenires*, 12 (33), 241- 275.
- Bernabeu Culiáñez, J. F. (2010). El asesino en serie desorganizado. *Archivos de Criminología, Seguridad Privada y Criminalística*, 2, 1- 12.

- Blackburn, R. (1969). Sensation seeking, impulsivity, and psychopathic personality. *Journal of consulting and clinical psychology*, 33 (5), 571- 574.
- Brantley, A. *Conexión entre maltrato animal y los asesinos seriales*. FBI. Recuperado de: <http://www.fbi.gov/>.
- Borja, K., y Ostrosky-Solis, F. (2009). Los eventos traumáticos tempranos y su relación con la psicopatía criminal. *Revista Clínica de Neuropsicología*, 4 (2), 160- 169.
- Borrás Roca, Ll. (2002). *Asesinos en serie españoles*. J.M. Barcelona, España: Bosch Editor.
- Bowlby, J. (1954). *Los cuidados maternos y la salud mental*. Oficina Regional de la Organización Mundial de la Salud. Washington, D. C., EEUU.
- Burgess, A. W., Hartman, C. R., Ressler, R. K., Douglas, J. E. y McCormack, A. (1986). Sexual homicide: a motivational model. *Journal of interpersonal violence*, 1 (3), 251-272.
- Cameron, D. y Frazer, E. (1987). *The lust to kill: a feminist investigation of sexual murder*. New York University Press.
- Cano Isaza, T. A. (2010). Dahmer, Bundy, Rader, asesinos en serie: paradigma y paradoja de la anormalidad. *Katharsis* (9), 107- 126.
- Canter, D. V. (1995). *Criminal shadows: inside the mind of the serial killer*. London: Harper Collins.
- Canter, D. (2000). Offender profiling and criminal differentiation. *Legal and Criminological psychology*, 5 (1), 23- 46.
- Canter, D., Alison, L., Alison, E., y Wentink, N. (2004). The organized/disorganized tipology of serial murder: myth or model? *Psychology, Public Policy and Law*, 10 (3), 293- 320.
- Carnes, P. (1983). *Out of the shadows: understanding sexual addiction*. Minneapolis, MN: CompCare.
- Carrasco Gómez, J. J., y Maza Martín, J. M. (2010). *Tratado de psiquiatría legal y forense*. Madrid, España: Wolters Kluwer España, S. A.
- Cleckley, H. (1988). *The mask of sanity*. 5th edition. St. Louis, MO: Mosby. Recuperado de: www.cix.co.uk/klockstone/sanity_1.pdf.

- Collazos Soto, M. (2006). *Psicópatas y asesinos en serie*. Recuperado de: <http://www.marisolcollazos.es/Criminologia-III/Criminologia-III-Psicopatas-asesinos-serie.html>
- Cordero Molina, S., y Quirós Zuñiga, D. (2008). *Asesinos en serie: un acercamiento al perfilado psicológico. Estudio del primer caso documentado de un psicópata serial en Costa Rica*. Sede Mercedes de Montes de Oca: Universidad Estatal a Distancia.
- Cuquerella Fuentes, A., Subirana Domenech, M., y Mohino Justes, S. (2003). *Evaluación forense de la psicopatía mediante la psychopathy checklist screening versión. Peligrosidad del psicópata: pronóstico. Perfiles criminales en el escenario del crimen*. Institut de Medicina Legal de Catalunya-IMLC, Servei de Clínica Forense.
- Cuquerella Fuentes, A. (2004). *Asesinos en serie: clasificación y aspectos medico forenses*. Recuperado de: <http://angela1simpson.galeon.com/serieclas.pdf>.
- Cuquerella Fuentes, A. (2011). *Maltrato psicopático de animales*. IAIC: Instituto Andaluz Interuniversitario de Criminología. Recuperado de: <http://www.iaic.us.es>.
- Douglas, J., y Olshaker, M. (1995). *Mindhunter*. New York: Scribner.
- Egger, S. (1999). *Psicópatas y Asesinos en Serie*. Cuarta Reunión internacional de biología y sociología de la violencia. Centro Reina Sofia para el Estudio de la Violencia. Valencia, España.
- Englander, E. (2003). *Psiquiatría criminal y comportamiento violento*. Editorial Consejo General Del Poder Judicial- Centro de Documentación. Madrid, España.
- Felthous, A. (1980). Aggression Against Cats, Dogs, and People. *Child Psychiatry and Human Development* (10), 169–177.
- Felthous, A. (1998). *Cruelty to animals and interpersonal violence*. Randall Lockwood. United States of America.
- Fromm, E. (1964). *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*. Fondo de Cultura Económica. México, D. F.

- García Cerritos, A. L., Padilla Guillén, K. Z., y Reyes Rivera, F. D. (2007). *Estudio de Asesinos en Serie*. Tesis doctoral, Universidad de El Salvador. El Salvador.
- Garrido Genovés, V. (1994). *El psicópata como entidad psicológica y cultural*. En Echeburúa, E. Personalidades violentas, 67-80. Madrid: Pirámide.
- Garrido Genovés, V. (2000). *El perfil psicológico aplicado a la captura de asesinos en serie. El caso de J. F.* Valencia: Tirant Lo Blanch.
- Garrido Genovés, V., Redondo, S., y Stangeland, P. (2001). *Principios de Criminología*. Valencia: Tirant Lo Blanch.
- Garrido Genovés, V. (2003). *El psicópata. Un camaleón en la sociedad actual*. España: Algar.
- Garrido Genovés, V., y López Lucio, P. (2006). *El rastro del asesino. El perfil psicológico de los criminales en la investigación policial*. Barcelona, España: Editorial Ariel, S.A.
- Garrido Genovés, V. (2012). *Perfiles criminales*. España: Grupo Planeta.
- Giannangelo, S. T. (1996). *The psychopatology of serial murder: a theory in violence*. Westport, CT: Praeger.
- Godwin, M., y Rosen, F. (2006). *El rastreador. El perfil psicogeográfico en la investigación de crímenes en serie*. Barcelona, España: ALBA Editorial, s.l.u.
- González Parra, S., Molina, J. D., Huertas, D., Blasco-Fontecilla, H., Mora-Mínguez, F., y Pascual-Pinazo, F. (2008). Violencia asociada con los trastornos esquizofrénicos. *Archivos de Psiquiatría*, 71 (2-4), 109-127.
- Hare, R. D. (1970). *Psychopathy: Theory and research*. New York: Wiley.
- Hare, R. D. (1991). *The Hare Psychopathy Checklist Revised*. Toronto: Multi-Health Systems Inc.
- Hare, R. D., Cooke, D. J., y Hart, S. D. (1999). Psychopathy and sadistic personality disorder. En T. Millon, P. H. Blaney, y R. D. Davis (Eds.), *Oxford Textbook of Psychopathology*. New York: Oxford University Press
- Herrero Cecilia, J. (2009). El fenómeno del asesino en serie como suceso y como comentario mítico-biográfico en el discurso de la prensa.

- Espéculo. Revista de estudios literarios.* Universidad Complutense de Madrid.
- Hickey, E. W. (1996). *Trauma-control model in serial murder*. New York, United States of America. Allyn & Bacon Publishers.
- Hikal, W. (2005). *Criminología psicoanalítica,, conductual y del desarrollo*. México. Recuperado de: <http://funvic.org/CriminologiaPsicoanaitica.pdf>.
- Hodge, J. (1992). Addiction of violence: a new model of psychopathy. *Criminal Behavior and Mental Health*, 2, 212- 223.
- Holmes, R. M., y De Burger, J. (1988). Serial Murder. Studies in Crime. *Law and Justice*, 2.
- Holmes, R. M., y Holmes, S. T. (1994). *Murder in America*. Editorial Many Sage, Thousand Oaks.
- Jácome A. I. (2014). *Reflexiones sobre la zoofilia, el bestialismo y la peligrosidad*. Facultad Latinoamericana de las Ciencias Sociales. Quito, Ecuador.
- Jerez López, L. (2008). *El peso y significado del maltrato infantil en la psicopatía adulta*. (Tesis doctoral). Universidad Pedagógica Nacional de Mexico D. F.
- Jiménez Serrano, J. (2014). Asesinos en serie: definición, tipologías y estudios sobre esta temática. *Gac. int. ciencia forense*, 10, 4- 12.
- Knight, Z. G. (2006). Some thoughts on the psychological roots of the behavior of serial killers as narcissist: an object relations perspective. *Social behavior and personality*, 34 (10), 1189-1206.
- Krafft-Ebing, R. (1894). *Psychopathia sexualis, with special reference to contrary sexual instinct: a medico-legal study*. Philadelphia London, F. A. Davis Co.
- Laajasalo, T. y Häkkänen, H. (2006). Excessive violence and psychotic symptomatology among homicide offenders with schizophrenia. *Criminal Behaviour and Mental Health*, 16, 242-253.
- Leyton, E. (2005). *Cazadores de humanos. El auge del asesino múltiple moderno*. Barcelona, España: Alba Editorial.

- López Miguel, M. J., y Núñez Gaitán, M. C. (2008). Psicopatía versus trastorno antisocial de la personalidad. *Revista Española de Investigación Criminológica*, 1 (7), 1- 17.
- Luberto, S., Zavatti, P., y Gualandri, G. (1997). *Mental illness and criminality: a study of a sample of psychiatric out-patients*. En Redondo Illescas, A., Garrido Genovés, V., Pérez Sánchez, J., y Barberet, R., (Eds.). *Advances in Psychology and Law*, 301-310.
- Luengo, M. A., y Carrillo, M. T. (1995). La psicopatía. En Belloch Fuster, A., Sandín Ferrero, B., y Ramos Campos, F., (Eds.), *Manual de Psicopatología*, 2, 615-650.
- Macía Gómez, R. (2011). Los asesinos en serie. *Revista General de Derecho Penal*, 16, 1- 25.
- Maletzky G. (1997). *Exhibitionism: Assessment and Treatment*. In Laws & Donohue (Eds.), *Sexual Deviance: Theory, Assessment, and Treatment*. New York: Guilford Press.
- McCord, W., y McCord, J. (1964). *The psychopath: An essay on the criminal mind*. Princeton, NJ: Van Nostrand.
- McCord, J. (1999). *Contribuciones psicosociales a la violencia y la psicopatía. Actas de la cuarta reunión sobre biología y sociología de la violencia*. Centro Reina Sofía para el estudio de la violencia. Valencia.
- Mead, M. Ph. D. (1964). Cultural factors in the cause and prevention of pathological homicide. *Bulletin in the Menninger Clinic*, 28, 11- 22.
- Meloy, J. R. (2000). The nature and dynamics of sexual homicide: and integrative review. *Aggression and Violent Behavior*, 5, 1- 22.
- Morales, L. A. (2003). *La técnica del perfil en la investigación criminal*. En Garrido Genovés, V. Psicópatas y otros delincuentes violentos (pp. 305- 368). Valencia: Tirant Lo Blanch.
- Morales, L. A., Muñoz-Delgado, J., Santillán, A. M., Arenas, R., y Ponce de León, F. C. (2007). Perfiles criminológicos: el arte de Sherlock Holmes en el Siglo XXI. *Salud Mental*, 30 (3), 68- 75.

- Morana, H. C. P., Stone, M. H., Abdalla-Filho, E. (2006). Personality disorders, psycopathy, and serial killers. *Revista Bras. Psiquiatria*, 28 (2), 274- 279.
- Muñoz Vicente, J. M. (2010). El constructo psicopatía en el ámbito de la Psicología Forense. En E. Garcia (Ed.): *Fundamentos de Psicología Jurídica y Forense*. Mexico: Oxford University Press.
- Muñoz Vicente, J. M. (2011). La psicopatía y su repercusión criminológica: un modelo comprensivo de la dinámica de personalidad psicopática. *Anuario de Psicología Jurídica*, 21, 57- 68.
- Norris, J. (1990). *Serial Killers: The growing menace*. Arrow Books.
- Norza C., E., Morales Q., L. A., Merchán R., L., y Meléndez C., D. (2013). Perfilación criminológica: una revisión de la literatura y su aplicación en la investigación criminal en Colombia. *Revista Criminalidad*, 55 (3), 309-336.
- Otín, J. (2009). *Psicología criminal, técnicas aplicadas de intervención e investigación policial*. Valladolid: Lex Nova.
- Orta Lorente, J. (2014). *Asesinos múltiples*. Crimina: centro para el estudio y prevención de la delincuencia.
- Palermo, G. B. (2008). *Narcissism, sadism and loneliness: the case of serial killer Jeffrey Dahmer*. En Kocsis, R. (2008). *Serial murder and the psychology of violent crimes*. Sydney, Australia: Humana Press.
- Petherick, W. A. (2005). *Serial crime: Theoretical and practical Issues in behavioral profiling*. California: Elsevier.
- Pincus, J., y Lewis. D. (2001). *Instintos básicos: ¿por qué matan los asesinos?*. Madrid, España: Edición Oberon.
- Pont Amenós, T., y Sauch Cruz, M. (2008). *Profiling: el acto criminal*. España: UOC (Universitat Oberta de Catalunya).
- Porter, S., Woodworth, M., Earle, J., Drugge, J., y Boer, D. (2003). Characteristics of sexual homicides committed by psychopathic and nonpsychopathic offenders. *Law and human behavior*, 27 (5), 459- 470.

- Pozueco Romero, J. M., Romero Guillena, S. L., y Casas Barquero, N. (2011). Psicopatía, violencia y criminalidad: un análisis psicólogo-forense, psiquiátrico-legal y criminológico. *Cuaderno Medicina Forense*, 17 (3), 123- 136.
- Pozueco Romero, J. M., Moreno Manso, J. M. (2013). La tríada oscura de la personalidad en las relaciones íntimas: psicopatía, maquiavelismo, narcisismo y maltrato psicológico. *Boletín de Psicología*, 107, 91- 111.
- Querol Viñas, N. (2008). Violencia hacia animales por menores... ¿cosas de niños? *Revista de Bioética y Derecho*, 13, 12- 28..
- Raine, A. (2000). *Psicopatía, violencia y neuroimagen*. En A. Raine y J. Sanmartín (Eds.), *Violencia y psicopatía* (pp. 59-88). Barcelona: Editorial Ariel, S.A.
- Rámila, J. N. (2010). *La ciencia contra el crimen*. Madrid: Ediciones Nowtilus, S. L.
- Rámila, J. N. (2011). *Depredadores humanos*. Madrid: Ediciones Nowtilus S. L.
- Ressler, R. K., Burgess, A. W., y Douglas, J. E. (1992). *Sexual homicide: patterns and motives*. New York: Free Press.
- Ressler, R. y Shachtman, T. (2005). *Asesinos en serie (2º edición.)*. Barcelona: Serie Estudios sobre Violencia.
- Ressler, R. K. (2014). Dentro del monstruo. Un intento por comprender a los asesinos en serie. Barcelona: España; ALBA editorial, S. L.
- Rodríguez, J. (2011). La perfilación criminal como técnica forense en la investigación del homicidio. *Revista de la Escuela de Medicina Legal*, febrero de 2011, 4- 13.
- Rodriguez González, R., y Gonzalez Trijueque, D.. (2014). Psicopatía: Análisis criminológico del comportamiento violento asociado y estrategias para el interrogatorio. *Psicopatología Clínica, Legal y Forense*, 14, 125-149. Sanmartín, J. (2000) *Violencia y psicopatía*. Valencia: Ariel.
- Romero Triñanes, E. (2000). *Psicología de la conducta criminal*. Master Internacional En Psicología Forense. Universidad de Santiago de Compostela

- Romi, J. C. (1999) El delincuente sexual serial. *Revista de Psiquiatría Forense, Sexología y Praxis*, 3 (2): 115-133.
- Romi, J. C. (2009). Algunas consideraciones médico-legales sobre la delincuencia sexual. *Vertex*, 20, 40- 50.
- Rossmo, D. K. (1995). *Place, space, and police investigations: Hunting serial violent criminals*. En D. Weisburd y J. E. Eck (Eds.), *Crime and place. Crime prevention*
- Rossmo, K., y Summers, L. (2015). El perfil geográfico en la investigación criminal. *International e-Journal of Criminal Science*, 9 (3), 1-24.
- Rutter, M., y Giller, H. (1983). *Delincuencia juvenil*. Barcelona: Ediciones Martínez Roca.
- Salfati, G., y Canter, D. (1999). *Differentiating stranger murders: profiling offender characteristics from behavioral styles*. *Behaviour Sciences and Law*; 17, 391-406.
- Skrapec, C. A. (2000). *Los motivos del asesino en serie*. En *Violencia y Psicopatía* (155-179). Barcelona: Editorial Planeta.
- Skrapec, C. A. (2001). Phenomenology and serial murder. *Homicide Studies*, 5 (1), 46- 63.
- Soria Verde, M. A. (2006). *Psicología criminal*. España: Editorial Pearson.
- Tapias Saldaña, A.C. (2004). *Asesinos seriales: una visión psicológica y criminológica*. Asociación Latinoamericana de Psicología Jurídica y Forense. Recuperado de: <http://psicologiajuridica.org/psj57.html>
- Turvey, R. (2008). *Criminal profiling: an introduction to behavioral evidence analysis*. San Diego: Elsevier.
- Vaca Cortés, J., y Dzib Aguilar, P. (2012). *La máscara del asesino*. Universidad Autónoma de Yucatán. Mérida, Yucatán, México.
- Villarejo Ramos, A. (2012). Las bases biopsicologicas de la imputabilidad en la conducta impulsiva. *Cuadernos de Medicina Forense*, 18 (2), 63- 70.
- Weatherby, G. A., Buller, D. M., y McGinnis, K. (2009). The Buller-McGinnis model of serial homicidal behavior: an integrated approach.

Journal of Criminology and criminal justice research and education, 3 (1).

Winnicott, D. W. (1984). *Deprivación y delincuencia*. Buenos Aires: Paidós SAICF.

Zuckerman, Marvin. (1999). *Vulnerability to psychopathology: A biosocial model*. Washington, DC, US: American Psychological Association, 15, 3- 23.

